

ADVERTENCIA SOBRE LAS SIGUIENTES TRES VIDAS DE PABLO, HILARIÓN Y MALCO.

Jerónimo narra las vidas de tres monjes sumamente destacados, Pablo, Hilarión y Malco, en estos tres libros: quienes, en igual número de epístolas, que presentamos en el tomo anterior en sus respectivos lugares, celebraron las virtudes de tres mujeres eminentes en santidad, Fabiola, Paula y Marcela, casi al estilo de las Vidas. No hay otras Vidas de santos Padres que el Santo Doctor haya elaborado, aunque muchos más, especialmente aquellos que Eriberto Rosweidus revisó en el segundo libro, son atribuidos a él por algunos antiguos escritores, cuyos testimonios han engañado a los eruditos de épocas posteriores. Gelasio, o quienquiera que sea el antiguo autor del Decreto sobre los libros auténticos, cap. 4, dice: "Recibimos con todo honor las Vidas de los Padres Pablo, Antonio, Hilarión y de todos los Ermitaños, que sin embargo el bienaventurado Jerónimo describió". Sin embargo, se sabe que la Vida de Antonio fue escrita en griego por Atanasio y traducida al latín por Evagrio Antioqueno. Mucho después, Graciano en el Decreto, parte II, causa 27, dice: "Como refiere el bienaventurado Jerónimo, Macario, el principal entre los Ermitaños de Cristo, después de celebrar el banquete de bodas, al anochecer, al entrar en la cámara nupcial, salió de la ciudad, se dirigió al otro lado del mar y eligió para sí la soledad del desierto". Pero esto no lo narra Jerónimo, sino los autores genuinos de su Vida, Teófilo, Sergio e Higino. Paso por alto los testimonios de este tipo que se presentan a partir de escritos apócrifos jeronimianos, y lo que algunos recogen demasiado sutilmente de las Divinas Lecturas de Casiodoro, cap. 32, y de la Prefación de Casiano a los libros de las Instituciones. Ciertamente, existen manuscritos muy antiguos que garantizan la fidelidad de estas y muchas otras Vidas. Dos de esos manuscritos vaticanos, que pertenecieron a la reina de Suecia, los hemos revisado nosotros mismos, y el ilustre Montfaucon testifica que hay muchos en los Coislínianos. Sin embargo, se demuestra que mienten por el solo hecho de que esas Vidas no difieren en nada de las que se atribuyen bajo el nombre de Paladio. Un manuscrito Colbertino, según Cangio, después de la historia Lausiaca, añade: "Otra historia sobre las Vidas de los Santos de Egipto escrita por Jerónimo, monje y presbítero de Dalmacia". Pero Fabricio señala, basándose en el testimonio de Cangio, que en ella se describe a Paladio solo de palabra; y no parece haber duda de que algún griego mintió el nombre de Jerónimo porque en esa Colección también se encuentran estas tres historias genuinas del Santo Padre. Esto también engañó a Gelasio al principio, ya que, como la Colección comenzaba desde hace mucho tiempo con la Vida de Pablo, fue atribuida en su totalidad al autor que la página inicial indicaba. Además, no dudo que a veces se haya instituido el fraude para evitar la envidia de los nombres de Rufino y Paladio, y para el ahorro de los libreros.

Por lo tanto, solo estas tres proceden de la pluma de nuestro Santo Doctor, recomendadas tanto por la elegancia del discurso como por los excelentes ejemplos de vida ascética. De hecho, ninguna de las elaboraciones jeronimianas ha sido reeditada con más frecuencia, ni ha encontrado más editores y más eruditos. Las dos primeras también se encuentran en griego; incluso una de ellas, apenas publicada por el autor, fue traducida al griego por Sofronio; aunque la que ahora se conserva, cuyo inicio es: "En Palestina hay una ciudad que no está a menos de cuarenta y cinco estadios de Gaza", prefieren atribuirla al docto Simeón Metafraste. En latín, además de los editores de las obras jeronimianas, Surius y Lipomannus las revisan: Rosweidus, Bollandus y quienes continúan con esa gran empresa las enriquecen e ilustran nuevamente con las más doctas anotaciones. Parece que poco quedaba de nuestra diligencia; sin embargo, en lo que respecta a nuestra parte, para no haber trabajado en vano, nos esforzamos en corregirlas y embellecerlas donde fue posible. Estuvieron a nuestra disposición cuatro antiguos códices vaticanos que pertenecieron a la reina de Suecia, numerados 432,

500, 589, 797. También uno de los nuestros, que conservamos en privado en casa: no de la más remota antigüedad, pero de buena calidad. Sin embargo, uno merece especial mención, el del amplísimo Capítulo de Verona, que supera fácilmente a todos los conocidos hasta el día de hoy. Fue escrito en el año quinientos diecisiete por Ursicino, no sé quién, lector de esta nuestra Iglesia, como él mismo profesa con estas palabras, aunque algo defectuosas por la pronunciación de aquellos tiempos. PER. SCRIBTVS. CODIX HEC SUB DIE KAL. AVG. AGAPITO VCC INDI. DECIMA PER VRSICINVM. LECT. ECCLESIAE VERONENSIS.

No parece haber duda de que el año en que se escribió la Vida de Pablo fue 374 o el siguiente. Ciertamente, por ese tiempo fue enviada al homónimo Pablo de Concordia junto con la Epístola en nuestra revisión 10. En el Catálogo, ocupa el primer lugar entre todos los escritos jeronimianos. Atribuimos las dos restantes al año 390, guiados por el mismo argumento, es decir, la serie en la que se enumeran en el Catálogo, después de la interpretación de las Homilias de Orígenes sobre Lucas, que asignamos al año anterior, 389.

VIDA DE SAN PABLO, EL PRIMER ERMITAÑO. (C)

La vida de San Pablo, quien fue el primero en habitar el desierto, es narrada con un estilo algo sencillo para los más simples: se muestra que, aproximadamente a los 16 años, se retiró al desierto bajo Decio y Valeriano para evitar la persecución contra los cristianos, y vivió allí 98 años con admirable abstinencia y santidad, hasta que fue visitado por el gran Antonio, advertido divinamente, y encontró su fin. La historia está dedicada al anciano homónimo Pablo de Concordia.

1 PROLOGO.

1. A menudo se ha debatido entre muchos quién fue el primero de los monjes en habitar el desierto. Algunos, remontándose más atrás, tomaron como inicio al bienaventurado Elías y Juan: de los cuales Elías parece haber sido más que un monje para nosotros: y Juan comenzó a profetizar antes de nacer. Otros, en la opinión en la que coincide todo el pueblo, afirman que Antonio fue el iniciador de este propósito, lo cual es en parte cierto: pues no fue tanto él el primero de todos, sino que por él se incitaron los esfuerzos de todos. Amatas y Macario, discípulos de Antonio, de los cuales el primero sepultó el cuerpo del maestro, afirman incluso ahora que un tal Pablo de Tebas fue el iniciador de esta obra, no de nombre; opinión que también aprobamos. Algunos proclaman esto y otras cosas según su voluntad: que un hombre cubierto de cabello hasta el talón vivía en una cueva subterránea, y muchas otras cosas increíbles que es ocioso perseguir. Como su mentira fue descarada, ni siquiera parece necesario refutar su opinión. Por lo tanto, dado que sobre Antonio se ha dejado constancia diligente tanto en estilo griego como romano, he decidido escribir brevemente sobre el principio y el fin de Pablo: más porque el asunto había sido omitido, que confiando en mi ingenio. Sin embargo, cómo vivió en la mediana edad y qué insidias sufrió de Satanás, no se sabe por ningún hombre.

INICIA LA VIDA.

2. Decio y Valeriano, perseguidores de cristianos. --- Bajo los perseguidores Decio y Valeriano, en cuyo tiempo Cornelio en Roma y Cipriano en Cartago sufrieron el martirio con feliz sangre, muchas iglesias en Egipto y la Tebaida fueron devastadas por una tempestad feroz. El deseo de los cristianos entonces era ser golpeados por la espada por el nombre de Cristo. Pero el enemigo astuto, buscando castigos lentos hacia la muerte, deseaba degollar las almas, no los cuerpos. Y como el mismo Cipriano, que sufrió por él, dice: "A los que querían

morir, no se les permitía ser asesinados". Para que su crueldad sea más conocida, presentamos dos ejemplos para la memoria.

3. Dos mártires insignes. --- Ordenó que un mártir perseverante en la fe, y victorioso entre los potros y las planchas, fuera ungido con miel y colocado bajo el ardiente sol, con las manos atadas detrás de la espalda, para que cediera a las picaduras de las moscas, quien antes había superado las sartenes ardientes. A otro, floreciente en juventud, ordenó que fuera llevado a los jardines más amenos. Allí, entre lirios blancos y rosas rojas, con un arroyo serpenteando suavemente junto a él y el viento susurrando suavemente las hojas de los árboles, fue recostado sobre un lecho cubierto de plumas, y para que no pudiera liberarse, fue dejado atrapado en suaves lazos de guirnaldas. Cuando todos se retiraron, una meretriz hermosa llegó y comenzó a estrechar su cuello con delicados abrazos: y, lo que es un crimen incluso de decir, a tocar con las manos sus partes viriles: para que, excitado su cuerpo a la lujuria, la impúdica victoriosa se le echara encima. ¿Qué haría el soldado de Cristo, y hacia dónde se volvería, no lo sabía. A quien los tormentos no habían vencido, lo superaba el placer. Finalmente, inspirado desde el cielo, mordió su lengua cortada y la escupió en el rostro de quien lo besaba; y así, la magnitud del dolor que sucedió al sentido de la lujuria lo superó.

4. Dotes y erudición de Pablo. --- Por el mismo tiempo en que tales cosas sucedían en la Tebaida inferior, con su hermana ya entregada a un hombre, después de la muerte de ambos padres, Pablo fue dejado con una herencia rica, de unos dieciséis años, instruido en letras tanto griegas como egipcias, de carácter manso, muy amante de Dios. Y cuando la tormenta de la persecución tronaba, se retiró a una villa más remota y secreta. Pero, ¿qué no impulsa a los corazones humanos la sagrada hambre de oro? El marido de su hermana comenzó a querer traicionar a quien debía ocultar. Ni las lágrimas de su esposa, como suele suceder: ni la comunión de sangre, ni el Dios que todo lo ve desde lo alto, lo apartaron del crimen. Estaba presente, insistía, usaba la crueldad como si fuera piedad.

5. Fábrica clandestina de moneda. --- Cuando el joven prudentísimo lo entendió, huyendo a los desiertos de las montañas, mientras esperaba el fin de la persecución, convirtió la necesidad en voluntad, y avanzando poco a poco, deteniéndose de nuevo, y haciendo esto mismo muchas veces, finalmente encontró una montaña rocosa, a cuyas raíces una cueva no muy grande estaba cerrada por una piedra. Al removerla (como es la curiosidad de los hombres conocer lo oculto), explorando con más avidez, notó un gran vestíbulo dentro, que con el cielo abierto arriba, una antigua palma con ramas extendidas cubría, mostrando una fuente clarísima: cuyo arroyo, apenas emergiendo afuera, era absorbido de inmediato por la misma tierra que lo había generado. Además, había no pocas moradas a través de la montaña erosionada, en las que se veían yunques y martillos ya desgastados, con los que se acuñaba moneda. Las letras egipcias dicen que este lugar fue una fábrica clandestina de moneda, en el tiempo en que Cleopatra se unió a Antonio.

6. Por lo tanto, enamorado (como si fuera algo ofrecido por Dios) del lugar de habitación, pasó toda su vida allí en oraciones y soledad. La palma le proporcionaba alimento y vestimenta. Para que esto no parezca imposible a nadie, testifico por Jesús y sus santos ángeles que en esa parte del desierto, que junto a Siria se une a los sarracenos, he visto y veo monjes, de los cuales uno vivió treinta años encerrado, con pan de cebada y agua lodosa, otro en una antigua cisterna (que en lengua gentil siria llaman GUBBA) se sustentaba con cinco higos secos al día. Estas cosas parecerán increíbles a quienes no creen que todo es posible para los creyentes.

7. Edad de Pablo y Antonio. --- Pero para volver a lo que me desvié, cuando el bienaventurado Pablo ya llevaba ciento trece años viviendo una vida celestial en la tierra, y Antonio, de noventa años, moraba en otra soledad (como solía afirmar), esta idea le vino a la mente, que ningún monje más perfecto que él había habitado en el desierto. Pero a él, mientras descansaba por la noche, se le reveló que había otro más interior, mucho mejor que él, a quien debía ir a visitar. Al romper la luz, el venerable anciano, sosteniendo sus miembros débiles con un bastón, comenzó a ir a donde no sabía. Y ya el mediodía ardía con el sol cociente desde arriba, pero no se apartaba de su camino, diciendo: "Creo en mi Dios, que me mostrará al siervo que me prometió". No mucho después, ve a un hombre mezclado con un caballo, a quien la opinión de los poetas ha dado el nombre de Hipocentauro. Al verlo, armado con la impresión del signo de salvación, le dice: "¡Eh tú, en qué parte habita aquí el siervo de Dios?" Pero él, rechinando algo bárbaro y rompiendo más las palabras que pronunciándolas, buscó un discurso amable entre sus horribles bocas cubiertas de cerdas. Y extendiendo la mano derecha, indica el camino deseado, y así, atravesando los campos abiertos con veloz fuga, desapareció de la vista del asombrado. Sin embargo, si esto fue una simulación del diablo para asustarlo, o si, como suele ser, el desierto fértil en monstruosidades también genera esta bestia, lo desconocemos.

8. Faunos y Sátiros. Sátiro llevado vivo a Alejandría. --- Asombrado Antonio, y reflexionando sobre lo que había visto, avanza más allá. No mucho después, en un valle rocoso, ve a un hombrecillo no muy grande, con nariz aguileña, frente cornuda, cuya parte inferior del cuerpo terminaba en pies de cabra. Ante este espectáculo, Antonio, como buen guerrero, tomó el escudo de la fe y la coraza de la esperanza: no obstante, el mencionado animal le ofrecía frutos de palma como viático, casi como prenda de paz. Al darse cuenta de esto, Antonio detuvo su paso, y preguntando quién era, recibió esta respuesta de él: "Soy mortal, y uno de los habitantes del desierto, a quienes, engañada por el error, la gentilidad llama Faunos, Sátiros e Íncubos. Cumplo una misión de mi grupo. Te rogamos que intercedas por nosotros ante el Señor común, a quien hemos conocido que vino una vez para la salvación del mundo; y su sonido ha salido por toda la tierra". Mientras hablaba así, el anciano viajero derramaba lágrimas que la magnitud de la alegría, indicadora del corazón, había vertido. Se alegraba, en efecto, por la gloria de Cristo y por la derrota de Satanás: y al mismo tiempo admiraba que pudiera entender su discurso, y golpeando el suelo con su bastón, decía: "¡Ay de ti, Alejandría, que veneras monstruos como Dios! ¡Ay de ti, ciudad meretriz en la que han confluído los demonios de todo el mundo! ¿Qué dirás ahora?" Las bestias hablan de Cristo, y tú veneras monstruos como Dios. No había terminado de hablar, y como si volara con alas, el animal petulante huyó. Esto, para que no mueva a nadie a incredulidad, se defiende bajo el rey Constancio, con el mundo entero como testigo. Pues un hombre de este tipo fue llevado vivo a Alejandría, ofreciendo un gran espectáculo al pueblo: y después, su cadáver inanimado, para que no se descompusiera por el calor del verano, fue llevado a Antioquía con sal infundida para que lo viera el Emperador.

9. Pero para seguir con lo propuesto, Antonio continuaba su camino en la región emprendida, observando solo las huellas de las fieras y la vasta extensión del desierto. No sabía qué hacer, hacia dónde dirigir su paso. Ya había transcurrido el segundo día. Solo quedaba confiar en que no sería abandonado por Cristo. Pasó la segunda noche en oración: y con la luz aún incierta, no muy lejos ve a una loba jadeando por la sed, arrastrándose hacia la raíz de una montaña. Siguiéndola con la vista, y cuando la fiera se había ido, acercándose, comenzó a mirar dentro de la cueva: sin que la curiosidad le sirviera de nada, las tinieblas impedían la visión. Pero como dice la Escritura, el amor perfecto echa fuera el temor (I Juan IV, 18), con paso suspendido y respiración contenida, el astuto explorador entró, y avanzando poco a

poco, deteniéndose a menudo, captaba el sonido con el oído. Finalmente, a través del horror de la noche ciega, vio una luz a lo lejos, y mientras se apresuraba con más avidez, al tropezar con una piedra, provocó un ruido: después del cual el bienaventurado Pablo cerró la puerta que estaba abierta, asegurándola con una tranca. Entonces Antonio, postrado ante la puerta, hasta la sexta hora y más allá, rogaba por la entrada diciendo: "Quién soy, de dónde, por qué he venido, lo sabes. Sé que no merezco tu vista: sin embargo, si no te veo, no me iré. Tú que recibes a las bestias, ¿por qué rechazas a un hombre? He buscado y encontrado: llamo para que se me abra. Si no lo consigo, aquí moriré ante tus puertas: ciertamente enterrarás al menos el cadáver". Persistía diciendo tales cosas, y permanecía firme. A lo que el héroe respondió brevemente. (Virgilio, Eneida, lib. II y VI.)

Nadie pide así, amenazando: nadie hace calumnia con lágrimas. ¿Y te sorprendes si no te recibo, cuando has venido a morir? Así, sonriendo, Pablo abrió la entrada. Al abrirse, mientras se mezclaban en mutuos abrazos, se saludaron por sus nombres: se dieron gracias al Señor en común.

10. Y después del santo beso, sentado Pablo, comenzó a hablar con Antonio así: "He aquí a quien has buscado con tanto esfuerzo, cubierto de miembros podridos por la vejez, con cabellos descuidados. He aquí al hombre, pronto a convertirse en polvo. Pero porque la caridad todo lo soporta, cuéntame, te ruego, cómo está la humanidad. Si en las antiguas ciudades se levantan nuevos edificios: bajo qué imperio se gobierna el mundo: si quedan algunos que son arrastrados por el error de los demonios". Durante estas conversaciones, ven un cuervo posado en una rama del árbol, que volando suavemente desde allí, dejó un pan entero ante los ojos de los asombrados; después de cuya partida, Pablo dijo: "¡Ea, el Señor nos ha enviado un almuerzo, verdaderamente piadoso, verdaderamente misericordioso! Hace ya sesenta años que siempre recibo un fragmento de medio pan: pero a tu llegada, Cristo ha duplicado la ración para sus soldados".

11. Por lo tanto, después de celebrar la acción de gracias al Señor, ambos se sentaron junto al borde del cristalino manantial. Aquí surgió una disputa sobre quién partiría el pan, que casi llevó el día al anochecer. Pablo insistía en la costumbre de la hospitalidad, Antonio refutaba con el derecho de la edad. Finalmente, se acordó que, tomando el pan desde lados opuestos, mientras cada uno tiraba hacia sí, su parte quedara en sus manos. Luego, bebieron un poco de agua inclinándose sobre el manantial: y ofreciendo a Dios el sacrificio de alabanza, pasaron la noche en vigiliat. Y cuando ya el día había regresado a la tierra, el bienaventurado Pablo habló así a Antonio: "Desde hace tiempo sabía que habitabas en estas regiones: desde hace tiempo Dios me había prometido que serías mi compañero; pero como ya ha llegado el tiempo de mi descanso, y lo que siempre deseé, ser liberado y estar con Cristo, habiendo completado mi carrera, me queda la corona de justicia: tú has sido enviado por el Señor, para que cubras mi pequeño cuerpo con tierra, o más bien devuelvas la tierra a la tierra".

12. Atanasio le dio un manto a Antonio. El monasterio de Antonio fue ocupado por los sarracenos.---Al escuchar esto, Antonio, llorando y gimiendo, rogaba que no lo abandonara y que lo acompañara en tan importante viaje. Y él le respondió: No debes buscar lo que es tuyo, sino lo que es de los demás. Te conviene, despojado del peso de la carne, seguir al Cordero. También conviene a los demás hermanos que aún se instruyan con tu ejemplo. Por lo tanto, te ruego que continúes, si no es molestia: y lleva el manto que te dio el obispo Atanasio para envolver mi pequeño cuerpo. Sin embargo, el bienaventurado Pablo pidió esto, no porque le importara mucho si su cadáver se descomponía cubierto o desnudo (ya que durante tanto tiempo se había vestido con hojas de palma tejidas), sino para aliviar el dolor de su muerte al

que se alejaba de él. Antonio, asombrado por lo que había oído sobre Atanasio y su manto, viendo a Cristo en Pablo y venerando a Dios en su pecho, no se atrevió a responder más: pero llorando en silencio, besó sus ojos y manos, y regresó al monasterio que más tarde fue ocupado por los sarracenos. Sin embargo, sus pasos no seguían a su ánimo. Pero aunque su cuerpo, vacío por los ayunos, y los años de vejez lo habían debilitado, su espíritu vencía a la edad.

13. La humildad de Antonio.---Finalmente, fatigado y jadeante, llegó a su morada después de completar el viaje. Cuando dos discípulos, que ya comenzaban a servirle en su vejez, le salieron al encuentro diciendo: ¿Dónde has estado tanto tiempo, padre? Respondió: ¡Ay de mí, pecador, que llevo el falso nombre de monje! Vi a Elías, vi a Juan en el desierto, y verdaderamente vi a Pablo en el paraíso. Y así, con la boca cerrada y golpeándose el pecho con la mano, sacó el manto de su celda. Y a los discípulos que le rogaban que explicara más plenamente de qué se trataba, les dijo: Hay un tiempo para callar y un tiempo para hablar (Eclesiastés III, 7).

14. El alma de Pablo entre los coros de ángeles.---Entonces salió afuera, y sin tomar ni un poco de comida, regresó por el camino por el que había venido, anhelando verlo, deseando verlo, abrazándolo con sus ojos y toda su mente. Temía, como sucedió, que en su ausencia entregara su espíritu a Cristo. Y cuando ya había amanecido otro día, y quedaban tres horas de camino, vio entre las huestes de ángeles, entre los coros de profetas y apóstoles, a Pablo resplandeciente con un blanco níveo ascendiendo a lo alto. E inmediatamente, postrándose sobre su rostro, se echaba arena sobre la cabeza, llorando y lamentándose, decía: ¿Por qué me dejas, Pablo? ¿Por qué te vas sin despedirte? ¿Tan tarde conocido, tan pronto te vas?

15. Después, el bienaventurado Antonio relataba que había corrido con tal velocidad el resto del camino, que volaba como un ave: y no sin razón; pues al entrar en la cueva, vio con las rodillas dobladas, el cuello erguido y las manos extendidas hacia lo alto, el cuerpo sin vida. Al principio, creyendo que aún vivía, oraba junto a él. Pero después de no escuchar ningún suspiro de oración, como solía hacerlo, cayendo en un beso de lamento, comprendió que incluso el cadáver del santo, a quien todo vive, oraba a Dios con el gesto de su oficio.

16. Tradición cristiana.---Así que, habiendo envuelto y sacado el cuerpo afuera, cantando himnos y salmos de la tradición cristiana, Antonio se entristecía porque no tenía una azada para cavar la tierra. Fluctuando así en el variado tumulto de su mente, y considerando muchas cosas consigo mismo, decía: Si regreso al monasterio, es un viaje de cuatro días; si me quedo aquí, no lograré nada más. Moriré, pues, como es digno, junto a tu guerrero, Cristo, y cayendo, exhalaré mi último aliento. Mientras su mente daba vueltas a tales pensamientos, he aquí que dos leones venían corriendo desde el interior del desierto, con sus melenas volando por el cuello: al verlos, primero se estremeció. Y volviendo su mente a Dios, como si viera palomas, permaneció intrépido. Y ellos, en línea recta, se detuvieron junto al cadáver del bienaventurado anciano: y acariciando con sus colas, se acostaron junto a sus pies: rugiendo con gran estruendo, de modo que se entendiera que lloraban como podían. Luego, no muy lejos, comenzaron a rascar la tierra con sus patas; y sacando la arena con competencia, cavaron un lugar capaz de contener a un hombre. Y de inmediato, como si pidieran una recompensa por su trabajo, con un movimiento de las orejas y el cuello inclinado, se dirigieron a Antonio, lamiendo sus manos y pies. Pero él se dio cuenta de que le pedían una bendición. Sin demora, derramándose en alabanza a Cristo, porque incluso los animales mudos sentían que Dios existía, dijo: Señor, sin cuyo consentimiento no cae una hoja de árbol, ni un gorrión a tierra, dales como tú sabes. Y con la mano les hizo una señal para que se fueran, y les ordenó. Y cuando se retiraron, el anciano curvó sus hombros bajo el peso del

santo cuerpo; y depositándolo en la fosa excavada, amontonó tierra sobre él, formando un túmulo según la costumbre. Después de que otro día amaneció, para que el piadoso heredero no poseyera nada de los bienes del intestato, reclamó para sí la túnica que él mismo había tejido con hojas de palma en forma de cestas. Y así, regresando al monasterio, relató todo en orden a los discípulos; y en los días solemnes de Pascua y Pentecostés siempre se vestía con la túnica de Pablo.

17. Comparación de Pablo y los ricos del mundo.---Al final de este pequeño trabajo, me gustaría preguntar a aquellos que desconocen sus patrimonios, que visten sus casas con mármoles, que cosen sus propiedades en una sola hebra de villas: ¿qué le faltó alguna vez a este anciano desnudo? Ustedes beben en gemas, él satisfizo a la naturaleza con sus manos cóncavas. Ustedes tejen oro en sus túnicas, él ni siquiera tuvo la vestimenta más vil de su esclavo. Pero, por el contrario, a ese pobre se le abre el paraíso, a ustedes, adornados de oro, los recibirá el infierno. Él, aunque desnudo, conservó la vestidura de Cristo: ustedes, vestidos de seda, han perdido la vestidura de Cristo. Pablo yace cubierto de polvo vil, resucitará en gloria: a ustedes, las tumbas laboriosamente construidas con piedras los oprimen, arderán con sus riquezas. Les ruego, por favor, que se apiaden de ustedes mismos: al menos de las riquezas que aman. ¿Por qué envuelven a sus muertos en vestiduras doradas? ¿Por qué la ambición no cesa entre el luto y las lágrimas? ¿Acaso los cadáveres de los ricos no saben descomponerse sino en seda?

18. Te ruego, quienquiera que leas esto, que recuerdes a Jerónimo, el pecador: a quien si el Señor le diera la opción, elegiría mucho más la túnica de Pablo con sus méritos, que las púrpuras de los reyes con sus penas.

VIDA DE SAN HILARIÓN. (C)

El monje Hilarión, nacido en el pueblo de Thabatha, en Palestina, y discípulo del gran Antonio, llevó una vida de gran abstinencia y santidad, y se destacó en la soledad por sus numerosos milagros, lo describe ampliamente Jerónimo, proponiéndolo como ejemplo de monje perfecto.

PRÓLOGO.

1. Al escribir la Vida del bienaventurado Hilarión, invoco al Espíritu Santo, su habitante; para que quien le otorgó virtudes, me conceda a mí el discurso para narrarlas, de modo que los hechos se igualen a las palabras. Porque la virtud de aquellos que las realizaron (como dice Crispus) se considera tan grande como los ingenios ilustres pudieron exaltarla con palabras. Alejandro Magno de Macedonia, a quien Daniel llama carnero, leopardo o macho cabrío, cuando llegó a la tumba de Aquiles, dijo: ¡Feliz de ti, joven, que disfrutas de un gran pregonero de tus méritos! Refiriéndose, por supuesto, a Homero. Ahora bien, a mí me corresponde relatar la vida y la conversación de un hombre tan grande y tal, que incluso si Homero estuviera presente, o envidiaría el tema, o sucumbiría. Aunque el santo Epifanio, obispo de Salamina en Chipre, que convivió mucho con Hilarión, escribió su elogio en una breve carta que se lee comúnmente; sin embargo, es diferente alabar a un difunto con lugares comunes, que narrar las virtudes propias del difunto. Por lo tanto, emprendiendo la obra comenzada por él más por su favor que por su agravio, despreciamos las voces de los maledicentes: que antes calumniaron a mi Pablo, ahora tal vez calumnien también a Hilarión: acusando a aquel de soledad, y a este de frecuentación: para que quien siempre estuvo oculto, no haya existido; y quien fue visto por muchos, se considere vil. Esto también lo hicieron sus mayores, los fariseos, a quienes no les agradó ni el desierto y el ayuno de Juan, ni las

multitudes, la comida y la bebida del Señor Salvador. Pero pondré mano a la obra destinada, y pasaré con el oído tapado por los perros de Escila.

COMIENZA LA VIDA.

2. Hilarión, nacido en el pueblo de Tabatha, situado a unos cinco mil pasos al sur de la ciudad de Gaza en Palestina, teniendo padres dedicados a los ídolos, floreció como una rosa, como se dice, entre espinas. Enviado por ellos a Alejandría, fue entregado a un gramático: y allí, en la medida en que lo permitía su edad, mostró grandes pruebas de ingenio y carácter; en poco tiempo querido por todos y hábil en el arte de hablar. Y lo que es más grande que todo esto, creyendo en el Señor Jesús, no se deleitaba con las furias del circo, ni con la sangre de la arena, ni con el lujo del teatro; sino que toda su voluntad estaba en la congregación de la Iglesia.

3. Al escuchar entonces el célebre nombre de Antonio, que se difundía entre todos los pueblos de Egipto, encendido por el deseo de verlo, se dirigió al desierto. Y tan pronto como lo vio, cambiando su vestimenta anterior, permaneció junto a él casi tres meses, contemplando el orden de su vida y la gravedad de sus costumbres. Cuán frecuente era en la oración, cuán humilde en recibir a los hermanos, severo en reprender, alegre en exhortar: y cómo ninguna enfermedad jamás quebrantaba su continencia y la aspereza de su comida. Sin embargo, no soportando más la multitud de aquellos que acudían a él por diversas pasiones o impulsos de demonios, y no considerando apropiado permitir que las multitudes de las ciudades estuvieran en el desierto, y así debía comenzar para sí mismo como había comenzado Antonio; aquel como un hombre fuerte recibía las recompensas de la victoria: él aún no había comenzado a luchar; regresó con algunos monjes a su patria: y con sus padres ya fallecidos, distribuyó parte de su sustancia a sus hermanos, parte a los pobres, sin reservarse nada para sí mismo, y temiendo el ejemplo o el castigo de Ananías y Safira de los Hechos de los Apóstoles; y especialmente recordando al Señor, que dice: Quien no renuncie a todo lo que tiene, no puede ser mi discípulo (Lucas XIV, 33). Tenía entonces quince años. Así, desnudo y armado en Cristo, entró en el desierto, que en el séptimo millar desde Majoma, el puerto de Gaza, se desvía a la izquierda para quienes van a Egipto por la costa. Y aunque el lugar era infame por los robos, y sus parientes y amigos le advertían del peligro inminente, despreciaba la muerte para escapar de la muerte.

4. El ayuno de Hilarión. Todos admiraban su ánimo: admiraban su edad; excepto que una cierta llama del pecho y chispas de fe brillaban en sus ojos. Sus mejillas eran suaves, su cuerpo delicado y delgado, e impaciente ante cualquier injuria: que podía ser afligido por el más leve frío o calor. Así, cubierto solo con un saco y teniendo un ependyten de piel que el bienaventurado Antonio le había dado al partir, y un manto rústico, disfrutaba de la vasta y terrible soledad entre el mar y el pantano, comiendo solo quince higos después de la puesta del sol. Y porque la región era infame por los robos, nunca solía habitar en el mismo lugar. ¿Qué haría el diablo? ¿A dónde se volvería? Quien antes se gloriaba diciendo: Subiré al cielo, pondré mi trono sobre las estrellas del cielo, y seré semejante al Altísimo (Isaías XIV, 14), veía que era vencido por un niño, y que había sido pisoteado por él antes de que pudiera pecar por la edad.

5. Así que excitaba sus sentidos, y al cuerpo que comenzaba a madurar le sugería los habituales incendios de las voluptuosidades. El novato de Cristo se veía obligado a pensar en lo que no sabía, y a dar vueltas en su mente la pompa de aquello de lo que no tenía experiencia. Enfurecido consigo mismo, y golpeándose el pecho con los puños (como si pudiera excluir los pensamientos con golpes de mano): Dijo: Haré, asno, que no cocees: ni te

alimentaré con cebada, sino con paja. Te consumiré con hambre y sed; te cargaré con un pesado peso; te acosaré con calores y fríos, para que pienses en comida más que en lujuria. Así que, con el jugo de hierbas y unos pocos higos después de tres o cuatro días, sostenía su alma desfalleciente, orando frecuentemente y cantando salmos, y cavando la tierra con un rastrillo; para duplicar el trabajo de los ayunos con el trabajo de la obra. Al mismo tiempo, tejiendo cestas de junco, emulaba la disciplina de los monjes egipcios, y la sentencia del Apóstol, que dice: El que no trabaja, que no coma (II Tesalonicenses III, 10): así, debilitado, y con el cuerpo tan consumido, que apenas se sostenía en los huesos.

6. Una noche, comenzó a escuchar el llanto de niños, el balido de ovejas, el mugido de bueyes, el lamento como de mujeres, el rugido de leones, el murmullo de un ejército, y nuevamente portentos de varias voces, de modo que, aterrorizado más por el sonido que por la vista, retrocediera. Comprendió las burlas de los demonios; y postrado de rodillas, se hizo la señal de la cruz de Cristo en la frente: y armado así, yaciendo, luchaba más fuerte; deseando de algún modo ver a aquellos que temía escuchar, y mirando con ojos ansiosos aquí y allá. Cuando de repente, con la luna brillando, ve un carro con caballos ardientes precipitarse sobre él: y cuando clamó a Jesús, ante sus ojos, con una repentina abertura de la tierra, toda la pompa fue absorbida. Entonces él dijo: El caballo y su jinete los arrojó al mar (Éxodo XV, 1). Y, Estos en carros, y aquellos en caballos: pero nosotros nos magnificaremos en el nombre de nuestro Dios (Salmo XVI, 18).

7. Muchas son sus tentaciones, y día y noche diversas las insidias de los demonios: que si quisiera narrarlas todas, excedería el límite del volumen. Cuántas veces mujeres desnudas se le aparecieron mientras dormía, cuántas veces se le aparecieron espléndidos banquetes cuando tenía hambre. A veces, un lobo aullando y una zorra gimiendo saltaron sobre él mientras oraba, y mientras cantaba salmos, le ofrecieron el espectáculo de una lucha de gladiadores: y uno, como si estuviera muerto, cayendo ante sus pies, le rogó por sepultura.

8. Una vez, mientras oraba con la cabeza fija en la tierra, y como es natural en los hombres, su mente se apartó de la oración y pensaba en algo más: un auriga saltó sobre su espalda, y golpeando sus costados con los talones, y su cuello con un látigo: ¡Vamos!, dijo, ¿por qué duermes? Y riendo desde arriba, le preguntaba si, cuando se cansara, querría recibir cebada.

9. La choza de Hilarión.---Así que desde los dieciséis hasta los veinte años de su vida, evitó los calores y las lluvias con una pequeña choza que había tejido con junco y caña. Luego, construyendo una pequeña celda, que hasta hoy permanece, de cinco pies de altura, es decir, más baja que su estatura, y un poco más larga que su pequeño cuerpo permitía, para que se creyera más un sepulcro que una casa.

10. El culto de Hilarión.---Se cortaba el cabello una vez al año en el día de Pascua: hasta su muerte, dormía sobre el suelo desnudo y un lecho de junco. Nunca lavaba el saco con el que había sido vestido una vez: y decía que era SUPERFLUO buscar limpieza en un cilicio. Ni cambiaba otra túnica, a menos que la anterior estuviera completamente rota. También memorizaba las Sagradas Escrituras, y después de las oraciones y los salmos las recitaba como si Dios estuviera presente. Y como es largo relatar su ascenso en diferentes tiempos de manera fragmentada, resumiré brevemente ante los ojos del lector, exponiendo su Vida al mismo tiempo; y luego regresaré al orden de la narración.

11. La dieta de Hilarión.---Desde el año veintiuno hasta el veintisiete, durante tres años comió medio sextario de lentejas remojadas en agua fría, y durante otros tres años pan seco con sal y agua. Pero desde el año veintisiete hasta el treinta, se sustentó con hierbas silvestres

y raíces crudas de ciertos arbustos. Desde el año treinta y uno hasta el treinta y cinco, tuvo en su comida seis onzas de pan de cebada y un poco de verdura cocida sin aceite. Pero al sentir que sus ojos se nublaban, y todo su cuerpo se contraía con una especie de sarna y aspereza, añadió aceite a su dieta anterior: y hasta el año sesenta y tres de su vida, mantuvo este grado de continencia, sin probar nada externo, ni frutas, ni legumbres, ni cosa alguna. Luego, al verse fatigado en cuerpo, y pensando que la muerte inminente se acercaba, desde el año sesenta y cuatro hasta el ochenta, se abstuvo de pan, con un fervor increíble de mente, para que en ese tiempo se acercara como nuevo al servicio del Señor, cuando los demás suelen vivir más relajadamente. Se le hacía una pequeña sopa de harina y verdura triturada, que en comida y bebida apenas pesaba cinco onzas: y así, completando el orden de su vida, nunca rompió el ayuno antes de la puesta del sol, ni en los días festivos, ni en la más grave enfermedad. Pero ya es tiempo de que regresemos al orden.

12. Los ladrones vienen a Hilarión de noche.---Cuando aún habitaba en la choza a la edad de dieciocho años, unos ladrones vinieron a él de noche, ya sea pensando que tenía algo que robar, o considerando un desprecio para ellos si un joven solitario no temía su ataque. Así que, corriendo entre el mar y el pantano desde el anochecer hasta el amanecer, nunca pudieron encontrar el lugar de su lecho. Pero a plena luz del día, al encontrar al joven, como en broma, le dijeron: ¿Qué harías si vinieran ladrones? A lo que él respondió: El desnudo no teme a los ladrones. Y ellos: Ciertamente, dijeron, puedes ser asesinado. Puedo, dijo, puedo: y por eso no temo a los ladrones, porque estoy preparado para morir. Entonces, admirando su constancia y fe, confesaron su error nocturno, y con los ojos cegados, prometieron una vida más recta en adelante.

13. Una mujer estéril fue la primera en atreverse a irrumpir hacia él.---Ya tenía veintidós años en el desierto, conocido solo por su fama, y divulgado por todas las ciudades de Palestina, cuando una mujer de Eleuterópolis, viendo que era despreciada por su esposo debido a su esterilidad (pues ya durante quince años no había dado frutos de su matrimonio), fue la primera en atreverse a irrumpir hacia el bienaventurado Hilarión; y sin que él sospechara nada, de repente se arrojó a sus pies: Perdona, dijo, mi audacia: perdona mi necesidad. ¿Por qué apartas los ojos? ¿Por qué huyes de quien te ruega? No mires a la mujer, sino a la miserable. Este sexo engendró al Salvador. No tienen necesidad de médico los sanos, sino los que están mal (Lucas V, 31). Finalmente se detuvo, y después de tanto tiempo, al ver a la mujer, le preguntó la causa de su llegada y sus lágrimas. Y después de que lo supo, levantando los ojos al cielo, le pidió que confiara: y al año siguiente la vio con su hijo.

14. Una mujer noble, esposa del prefecto del pretorio. No había monjes en Siria antes de San Hilarión.---El principio de sus milagros fue ennoblecido por otro signo mayor. Aristaenete, esposa de Elpidio, quien más tarde fue prefecto del pretorio, muy noble entre los suyos y más noble entre los cristianos, al regresar con su esposo y tres hijos del beato Antonio, se detuvo en Gaza debido a la enfermedad de ellos. Allí, ya sea por el aire corrupto o (como se supo después) por la gloria de Hilarión, siervo de Dios, todos fueron atacados por una fiebre cuartana y los médicos los dieron por desahuciados. La madre yacía lamentándose, corriendo entre los cuerpos de sus tres hijos, sin saber a quién llorar primero. Al enterarse de que había un monje en la soledad cercana, olvidando su pompa de matrona (solo se reconocía como madre), fue acompañada de sus sirvientas y eunucos: apenas fue persuadida por su esposo para que fuera montada en un asno. Cuando llegó a él, dijo: "Te ruego, por Jesús, nuestro Dios clementísimo: te suplico por su cruz y su sangre, que me devuelvas a mis tres hijos; y que el nombre del Señor Salvador sea glorificado en la ciudad de los gentiles, y que su siervo entre en Gaza, y que el ídolo Marnas caiga". Al regarse él, y decir que nunca había salido de

su celda, ni tenía la costumbre de entrar no solo en la ciudad, sino ni siquiera en una aldea, se postró en el suelo clamando repetidamente: "Hilarión, siervo de Cristo, devuélveme a mis hijos. Los que Antonio retuvo en Egipto, que sean salvados por ti en Siria". Todos los presentes lloraban, pero él mismo, negándose, también lloró. ¿Qué más? La mujer no se fue hasta que él prometió entrar en Gaza después de la puesta del sol. Cuando llegó, al santiguar las camas y los miembros ardientes de cada uno, invocó a Jesús. ¡Y, oh, maravilla! Como si de tres fuentes brotara el sudor al mismo tiempo: en esa misma hora tomaron alimentos, reconocieron a su madre que lloraba, y bendiciendo a Dios, besaron las manos del santo. Cuando esto se supo y se difundió ampliamente, acudieron a él de Siria y Egipto en masa: de tal manera que muchos creyeron en Cristo y se declararon monjes. Pues aún no había monasterios en Palestina, ni nadie conocía a un monje antes de San Hilarión en Siria. Él fue el fundador y maestro de esta forma de vida y estudio en esta provincia. El Señor Jesús tenía en Egipto al anciano Antonio; tenía en Palestina a Hilarión, el más joven.

15. Mujer ciega desde hace diez años.---Facidia es una aldea de la ciudad de Rinocorura en Egipto. De esta aldea, una mujer ciega desde hacía diez años fue llevada al beato Hilarión: y presentada por los hermanos (pues ya había muchos monjes con él), dijo que había gastado toda su fortuna en médicos. A lo que él respondió: "Si lo que perdiste en médicos lo hubieras dado a los pobres, el verdadero médico Jesús te habría curado". Pero al clamar ella y suplicar misericordia, escupió en sus ojos: y de inmediato la misma virtud siguió el ejemplo del Salvador.

16. Auriga de Gaza.---Un auriga de Gaza, golpeado por un demonio en su carro, quedó completamente paralizado; de tal manera que no podía mover la mano ni girar el cuello. Llevado en una camilla, moviendo solo la lengua para orar, escuchó que no podría ser sanado hasta que creyera en Jesús y prometiera renunciar a su antigua profesión. Creyó, prometió, fue sanado: y se regocijó más por la salvación de su alma que por la de su cuerpo.

17. Marsitas, joven muy fuerte.---Además, un joven muy fuerte llamado Marsitas del territorio de Jerusalén, se jactaba tanto de su fuerza que cargaba durante mucho tiempo y a gran distancia quince modios de trigo; y consideraba este su mayor logro de fortaleza, si vencía a los asnos. Afectado por un demonio maligno, no soportaba cadenas, grilletes ni puertas cerradas: había mordido y amputado la nariz y las orejas de muchos: había roto los pies de unos, las piernas de otros. Y había infundido tal terror en todos, que cargado de cadenas y cuerdas, tirado por varios hombres, como un toro muy feroz, fue llevado al monasterio; cuando los hermanos lo vieron, aterrorizados (pues era de una magnitud asombrosa) lo anunciaron al padre. Él, sentado, ordenó que lo trajeran y lo soltaran. Una vez liberado, dijo: "Inclina la cabeza y ven". Temblando, inclinó el cuello, sin atreverse a mirar de frente, y dejando toda ferocidad, comenzó a lamer los pies del que estaba sentado. El demonio que poseía al joven, al ser conjurado y torturado, salió al séptimo día.

18. Orion, hombre principal.---Tampoco debe callarse que Orion, hombre principal y muy rico de la ciudad de Aila, que se asoma al Mar Rojo, poseído por una legión de demonios, fue llevado a él. Sus manos, cuello, costados y pies estaban cargados de hierro, y sus ojos torvos amenazaban con la furia de su locura. Mientras el santo paseaba con los hermanos, interpretando algo de las Escrituras, aquel se liberó de las manos de quienes lo sujetaban: y abrazándolo por la espalda, lo levantó en el aire. Todos gritaron: temían que sus miembros, debilitados por el ayuno, fueran golpeados. El santo sonriendo dijo: "Callen y déjenme a mi luchador". Y así, con la mano doblada sobre sus hombros, tocó su cabeza: agarrándolo por el cabello, lo llevó ante sus pies: sujetando ambas manos de frente, y pisando sus plantas con ambos pies, repitió: "Torturen, turba de demonios, torturen". Y mientras él gemía, y con el

cuello doblado tocaba el suelo con la cabeza, dijo: "Señor Jesús, libera al miserable, libera al cautivo. Así como uno, también es tuyo vencer a muchos". Hablo de algo inaudito, de la boca de un hombre se escuchaban diversas voces, y como un clamor confuso de gente. Curado también este, no mucho tiempo después vino al monasterio con su esposa e hijos, trayendo muchos regalos, como para devolver el favor. A lo que el santo respondió: "¿No has leído lo que les pasó a Giezi (IV Reyes V) y a Simón (Hechos VIII): uno aceptó un precio, el otro ofreció: para que aquel vendiera la gracia del Espíritu Santo, este la comprara? Y mientras Orion lloraba diciendo: "Toma y da a los pobres", respondió: "Tú puedes distribuir mejor tus bienes, que andas por las ciudades y conoces a los pobres. Yo, que dejé lo mío, ¿por qué he de desear lo ajeno? Para muchos, el nombre de los pobres es ocasión de avaricia: pero la misericordia no tiene arte. Nadie distribuye mejor que quien no se reserva nada para sí". Y al que estaba triste y postrado en el suelo: "No te entristezcas, hijo; lo que hago, lo hago por mí y por ti. Si acepto esto, ofenderé a Dios y la legión volverá a ti".

19. Parálítico curado.---¿Quién podría pasar en silencio que un hombre de Majoma, cerca de su monasterio, cortando piedras para construir en la orilla del mar, completamente paralizado, y llevado por sus compañeros de trabajo al santo, inmediatamente regresó sano al trabajo? Pues la costa que se extiende entre Palestina y Egipto, naturalmente blanda por las arenas, se endurece en piedras; y poco a poco, al unirse la grava, pierde el tacto, aunque no el aspecto.

20. Hechicería disuelta en los circos.---También un ciudadano de la misma aldea, cristiano, contra un duunviro de Gaza, devoto del ídolo Marnas, criaba caballos para el circo. Esto se había mantenido en las ciudades romanas desde Rómulo, para que, por el feliz rapto de las Sabinas, los carros corrieran siete vueltas en honor a Consus, como dios de los consejos; y romper los caballos del partido contrario, era victoria. Este, teniendo un rival con un hechicero que, con ciertas imprecaciones demoníacas, impedía a sus caballos y aceleraba los del otro, fue al beato Hilarión, y no tanto para dañar al adversario, sino para defenderse, suplicó. Pareció inapropiado al venerable anciano perder la oración en tales tonterías. Y mientras sonreía y decía: "¿Por qué no gastas el precio de los caballos en la salvación de tu alma para los pobres?" Él respondió que era una función pública; y que no lo deseaba tanto como era obligado: y que un hombre cristiano no podía usar artes mágicas; sino que debía buscar ayuda del siervo de Cristo, especialmente contra los gazenses, enemigos de Dios: y no tanto insultándolo a él como a la Iglesia de Cristo. Rogado por los hermanos presentes, ordenó llenar de agua el vaso de barro del que solía beber, y entregárselo. Cuando Italicus lo recibió, roció el establo, los caballos, los aurigas, el carro y las puertas del corral. La expectativa del pueblo era asombrosa: pues el adversario, burlándose de esto, lo había difundido; y los partidarios de Italicus, prometiéndose una victoria segura, se regocijaban. Así, al darse la señal, estos volaron, aquellos se detuvieron. Bajo el carro de estos, las ruedas ardían, aquellos apenas veían las espaldas de los que volaban. El clamor del pueblo fue inmenso: de tal manera que incluso los paganos gritaban, Marnas fue vencido por Cristo. Pero los adversarios, furiosos, exigieron que Hilarión, el hechicero cristiano, fuera castigado. La victoria indudable fue ocasión de fe para ellos y para muchos otros en los circos.

21. Libera a una virgen de un encantamiento amoroso.---En la misma aldea del emporio de Gaza, un joven vecino se enamoró de una virgen de Dios. Al no lograr nada con toques, bromas, gestos, silbidos y otras cosas de este tipo, que suelen ser el principio de la virginidad moribunda, fue a Menfis, para regresar armado con artes mágicas contra la virgen. Así, después de un año, instruido por los oráculos de Esculapio, no sanador de almas, sino destructor, vino ansioso por el presunto ultraje, y bajo el umbral de la casa de la joven enterró ciertos portentos de palabras y figuras portentosas esculpidas en una lámina de cobre de Chipre. Inmediatamente la virgen enloqueció, y al quitarse el velo de la cabeza, giró el

cabello, rechinó los dientes, clamó el nombre del joven. La magnitud del amor se había convertido en furia. Llevada por sus padres al monasterio, fue entregada al anciano: el demonio, ululando y confesando de inmediato, dijo: "Fui forzado, fui llevado contra mi voluntad: ¡qué bien engañaba a los hombres en Menfis con sueños! ¡Oh cruces! ¡Oh tormentos que sufro! Me obligas a salir, y estoy atado bajo el umbral. No saldré, a menos que el joven que me retiene me libere". Entonces el anciano dijo: "Gran es tu fortaleza, que estás atado por un hilo y una lámina. Dime, ¿por qué te atreviste a entrar en la joven de Dios?" "Para preservarla", respondió. "¿Tú la preservarías, traidor de la castidad? ¿Por qué no entraste en el que te enviaba?" "¿Por qué habría de entrar en él, que tenía a mi colega, el demonio del amor?" Pero el Santo no quiso antes de purificar a la virgen, ni al joven, ni ordenar buscar las señales, para que el demonio no pareciera haber salido liberado de los encantamientos, ni él mismo haber dado crédito a su palabra: afirmando que los demonios son engañosos y hábiles para simular; y más bien, al devolver la salud, reprendió a la virgen por haber hecho cosas que permitieron al demonio entrar.

22. Libera al candidato de Constancio de un demonio. Decuriones de los lugares.---No solo en Palestina, y en las ciudades cercanas de Egipto o Siria, sino también en provincias lejanas, se había difundido su fama. Pues un candidato de Constancio, emperador, de cabello rubio, y con el color de su cuerpo indicando su provincia (pues entre los sajones y alamanes su gente no es tan extensa como fuerte; en los historiadores se llama Germania, ahora Francia), poseído por un demonio desde antiguo, es decir, desde la infancia, que lo obligaba a ulular, gemir y rechinar los dientes por las noches, pidió en secreto al emperador un permiso, indicándole simplemente la causa. Y con cartas también al cónsul de Palestina, fue llevado a Gaza con gran honor y comitiva. Cuando los decuriones de ese lugar le preguntaron dónde vivía el monje Hilarión, los gazenses, muy asustados y pensando que había sido enviado por el emperador, lo llevaron al monasterio; para mostrar honor al recomendado; y si había alguna ofensa pasada contra Hilarión, se borrara con este nuevo servicio. El anciano estaba entonces paseando en las arenas blandas, murmurando algo de los salmos; y al ver venir a tanta multitud, se detuvo. Y después de saludar a todos, y bendecirlos con la mano, ordenó que los demás se fueran, y que él permaneciera con sus sirvientes y asistentes; pues por sus ojos y rostro había reconocido por qué había venido. Inmediatamente, al ser interrogado por el siervo de Dios, el hombre, suspendido, apenas comenzó a tocar el suelo con los pies, y rugiendo terriblemente, respondió en el idioma sirio en el que había sido interrogado. Se podía ver de la boca del bárbaro, que solo conocía el idioma franco y el latín, resonar palabras sirias con pureza: de modo que no faltaba ni el sonido, ni la aspiración, ni el idioma del habla palestina. Confesó, pues, en qué orden había entrado en él. Y para que sus intérpretes entendieran, que solo conocían el griego y el latín, también lo interrogó en griego. Al responder de manera similar y con las mismas palabras, y aludiendo a muchas ocasiones de encantamientos y necesidades de artes mágicas, dijo: "No me importa cómo entraste; pero te ordeno que salgas en el nombre de nuestro Señor Jesucristo". Y cuando fue curado, con simplicidad rústica, ofreciendo diez libras de oro, recibió de él un pan de cebada: escuchando que quienes se alimentaban de tal comida, consideraban el oro como lodo.

23. Animales brutos curados.---Es poco hablar de los hombres, también los animales brutos furiosos eran llevados a él diariamente, entre los cuales un camello bactriano de enorme tamaño, que ya había aplastado a muchos, fue llevado con clamor por más de treinta hombres, atado con cuerdas muy fuertes. Sus ojos eran sanguinolentos, su boca espumaba, su lengua hinchada se movía, y sobre todo el terror, su rugido resonaba inmenso. El anciano ordenó que lo soltaran. Inmediatamente, tanto los que lo habían traído como los que estaban con el anciano, hasta el último, huyeron. Pero él solo avanzó hacia él, y en lengua siria dijo:

"No me asustas, diablo, con tan gran masa de cuerpo: en la zorra y en el camello eres uno y el mismo". Y mientras tanto, extendía la mano. Cuando la bestia furiosa, como si fuera a devorarlo, llegó a él, inmediatamente cayó: y con la cabeza inclinada, la igualó al suelo, maravillando a todos los presentes, después de tanta ferocidad, tanta mansedumbre repentina. El anciano enseñaba que por causa de los hombres, el diablo también afligía a los animales: y que ardía en tal odio hacia ellos, que no solo deseaba que ellos, sino también lo que les pertenecía, pereciera. Y proponía como ejemplo que antes de que se le permitiera tentar al beato Job, había destruido toda su sustancia. Y que nadie debía sorprenderse de que por orden del Señor, dos mil cerdos fueran destruidos por los demonios (Mateo VIII, y Marcos V); pues quienes lo vieron, no pudieron creer de otra manera que había salido de un hombre tal multitud de demonios, a menos que un gran número de cerdos, como si fueran conducidos por muchos, cayeran juntos.

24. Antonio veneraba a Hilarión.---El tiempo me faltará si quiero contar todos los milagros que realizó. Pues había sido elevado a tal gloria por el Señor, que el beato Antonio, al escuchar de su vida, le escribía, y recibía con gusto sus cartas. Y si alguna vez los enfermos de las partes de Siria iban a él, les decía: "¿Por qué quisieron molestar tanto, cuando tienen allí a mi hijo Hilarión?" Por su ejemplo, comenzaron a surgir innumerables monasterios en toda Palestina, y todos los monjes corrían a él con entusiasmo. Viendo esto, alababa la gracia del Señor; y exhortaba a cada uno al progreso del alma, diciendo: "Pasar la figura de este mundo; y que esa es la verdadera vida, que se gana con el inconveniente de la vida presente".

25. Hilarión visitaba los monasterios.---Deseando darles ejemplo de humildad y servicio, en días establecidos antes de la vendimia, visitaba las celdas de los monjes. Cuando los hermanos supieron esto, todos acudían a él: y acompañados por tal guía, recorrían los monasterios, llevando su propio sustento: pues a veces se congregaban hasta dos mil hombres. Pero con el tiempo, cada aldea, alegrándose de recibir a los santos, ofrecía alimentos a los monjes vecinos. Cuánto esfuerzo ponía en no pasar por alto a ningún hermano, por humilde o pobre que fuera, lo demuestra el hecho de que, yendo al desierto de Cades a visitar a uno de sus discípulos, llegó con un gran grupo de monjes a Elusa, justo el día en que la solemnidad anual congregaba a toda la población del pueblo en el templo de Venus. La veneran por Lucifer, a cuyo culto está dedicada la nación de los sarracenos. Pero la misma ciudad es en gran parte semibárbara debido a su ubicación. Al enterarse de que el Santo Hilarión pasaba (pues había curado frecuentemente a muchos sarracenos poseídos por demonios), salieron a su encuentro en masa con sus esposas e hijos, inclinando el cuello y clamando en lengua siria BARECH, es decir, bendice. Él los recibió con amabilidad y humildad, rogándoles que adoraran a Dios más que a las piedras: y llorando abundantemente, mirando al cielo, prometió que si creían en Cristo, los visitaría con frecuencia. Por la gracia del Señor, no lo dejaron ir hasta que trazó la línea de la futura iglesia; y su sacerdote, como estaba coronado, fue marcado con el signo de Cristo.

26. Monje avaro.---En otro año, cuando estaba a punto de salir a visitar los monasterios, y organizaba en un papel en qué lugares debía quedarse y cuáles visitar de paso, los monjes, sabiendo que uno de los hermanos era más avaro, y deseando curar su defecto, le rogaban que se quedara con él. Y él dijo: "¿Por qué quieren hacer daño a ustedes mismos y causar molestia al hermano?" Cuando el hermano avaro escuchó esto, se avergonzó; y con el esfuerzo de todos, apenas logró que su monasterio también se incluyera en el orden de las estancias. Después de diez días, llegaron a él, ya con los guardias en la viña, por donde debían venir, dispuestos, quienes con piedras y terrones, y el giro de la honda, los ahuyentaron, y sin comer uvas, todos partieron por la mañana, mientras el anciano reía y fingía ignorar lo que había sucedido.

27. Monje generoso Sabas.---Luego, fueron recibidos por otro monje, cuyo nombre es Sabas (pues debemos ser parcios en callar el nombre, generosos en decirlo); como era domingo, fueron invitados por él a la viña, para que antes de la hora de la comida aliviaran el cansancio del camino con el alimento de las uvas. Y el santo dijo: Maldito sea quien busque primero la satisfacción del cuerpo antes que la del alma. Oremos, cantemos salmos, rindamos al Señor el oficio, y así nos dirigiremos a la viña. Completado el servicio, de pie en lo alto, bendijo la viña y dejó a sus ovejas para que se alimentaran. Eran, sin embargo, los que comían, no menos de tres mil. Y aunque la viña aún intacta había sido estimada en cien tinajas, después de veinte días produjo trescientas. Por otro lado, aquel hermano parco, recogiendo mucho menos de lo habitual, lamentó tarde que incluso lo que tenía se había convertido en vinagre. Esto el anciano lo había predicho antes a muchos hermanos. Detestaba especialmente a los monjes que, con cierta incredulidad, reservaban lo suyo para el futuro y se preocupaban por los gastos, el vestido o alguna de esas cosas que pasan con el mundo.

28. Hermano demasiado cauteloso.---Finalmente, a uno de los hermanos que vivía a casi cinco millas de él, porque se enteró de que era un guardián demasiado cauteloso y temeroso de su pequeño huerto, y que tenía un poco de dinero, lo alejó de su vista. Queriendo reconciliarse con el anciano, venía frecuentemente a los hermanos, y especialmente a Hesiquio, con quien él se deleitaba enormemente. Un día, por tanto, trajo un manojo de garbanzos verdes, tal como estaban en las hierbas. Cuando Hesiquio lo puso en la mesa por la tarde, el anciano exclamó que no podía soportar su hedor, y al mismo tiempo preguntó de dónde era. Al responder Hesiquio que un hermano había traído las primicias de su pequeño campo a los hermanos, dijo: ¿No sientes el hedor más terrible, y que en el garbanzo apesta la avaricia? Ponlo ante los bueyes, ponlo ante los animales brutos, y ve si lo comen. Cuando él lo puso en el pesebre según el mandato, los bueyes, aterrorizados y mugiendo más de lo habitual, rompieron sus ataduras y huyeron en diferentes direcciones. Pues el anciano tenía esta gracia, que por el olor de los cuerpos y las vestiduras, y de las cosas que alguien había tocado, sabía a qué demonio o a qué vicio estaba sujeto.

29. Hilario, enemigo de las multitudes.---Así, en el año sesenta y tres de su vida, viendo el gran monasterio y la multitud de hermanos que vivían con él; y las multitudes de aquellos que, ocupados por diversas enfermedades y espíritus inmundos, eran llevados a él, de modo que la soledad alrededor se llenaba de toda clase de hombres, lloraba diariamente, y con un deseo increíble recordaba su antigua forma de vida. Preguntado por los hermanos qué le pasaba, por qué se consumía, dijo: He vuelto al mundo, y he recibido mi recompensa en mi vida. He aquí que los hombres de Palestina y las provincias vecinas piensan que soy de alguna importancia; y yo, bajo el pretexto del monasterio, tengo una vajilla vil [quizás útil] para la administración de los hermanos. Sin embargo, era cuidado por los hermanos, especialmente por Hesiquio, quien estaba dedicado a la veneración del anciano con un amor admirable. Y habiendo vivido así lamentándose durante dos años, Aristaenete, aquella de la que mencionamos antes, esposa del prefecto en ese momento, pero que no tenía nada de la ambición del prefecto, vino a él, queriendo también ir a Antonio. A quien él, llorando, dijo: También yo desearía ir, si no estuviera encerrado en la prisión de este monasterio, y si hubiera fruto en ir. Pues hace dos días que el mundo entero ha quedado huérfano de tal padre. Ella creyó y se detuvo. Y después de pocos días, al llegar un mensajero, escuchó sobre la dormición de Antonio.

30. Desprecio admirable de la gloria. Dracontio y Filo, obispos exiliados.---Que otros admiren los signos que hizo: que admiren su increíble abstinencia, sabiduría, humildad. Yo

no me asombro tanto de nada como de que haya podido despreciar la gloria y el honor. Acudían obispos, presbíteros, grupos de clérigos y monjes, también matronas cristianas (gran tentación) y de aquí y allá, de las ciudades y los campos, la plebe ignoble: pero también hombres poderosos y jueces, para recibir de él pan o aceite bendecido. Pero él no meditaba en otra cosa que en la soledad, tanto que un día decidió partir: y habiendo traído un asno (pues estaba tan consumido por los ayunos que apenas podía caminar), intentó emprender el viaje. Cuando esto se supo, y como si se anunciara la devastación y el luto de Palestina, se congregaron más de diez mil personas de diversas edades y sexos para retenerlo. Inmóvil ante las súplicas, y sacudiendo la arena con su bastón, decía: No haré a mi Señor mentiroso; no puedo ver las iglesias derribadas, los altares de Cristo pisoteados, la sangre de mis hijos. Todos los que estaban presentes entendían que se le había revelado algún secreto que no quería confesar; y sin embargo, lo vigilaban para que no partiera. Decidió, por tanto, proclamando públicamente con voz alta, no tomar ni comida ni bebida, a menos que se le permitiera irse. Y después de siete días, finalmente relajado por el ayuno, y despidiéndose de muchos, con un infinito séquito de acompañantes llegó a Betilio, donde, persuadidas las multitudes para que regresaran, eligió a cuarenta monjes que tuvieran provisiones para el viaje y pudieran entrar ayunando, es decir, después de la puesta del sol; y habiendo visitado a los hermanos que estaban en el desierto cercano, y en el lugar llamado Lychnos, después de tres días llegó al castillo de Theubatum, para ver al obispo y confesor Dracontio, que estaba exiliado allí. Consolado increíblemente por la presencia de tan gran hombre, después de otros tres días, con mucho esfuerzo llegó a Babilonia, para visitar al obispo y confesor Filo. Pues el rey Constancio, favoreciendo la herejía arriana, había deportado a ambos a esos lugares. Saliendo de allí, después de tres días llegó a la ciudad de Afroditón: donde, encontrándose con el diácono Baisane (quien, habiendo alquilado camellos dromedarios, solía llevar a los que iban a Antonio debido a la escasez de agua en el desierto), confesó a los hermanos que se acercaba el día de la dormición del bienaventurado Antonio; y que debía celebrarse una vigilia nocturna en el mismo lugar donde había fallecido. Así, después de tres días a través de un desierto vasto y horrible, finalmente llegaron a una montaña altísima, encontrando allí a dos monjes, Isaac y Pelusiano, de los cuales Isaac había sido el intérprete de Antonio.

31. Habitación de San Antonio. Celda de Antonio. Sepulcro desconocido del B. Antonio.---Y dado que se presenta la ocasión, y hemos llegado al lugar, parece digno describir brevemente la habitación de tan gran hombre. Una montaña rocosa y elevada, de aproximadamente mil pasos, en sus raíces emite aguas, de las cuales unas son absorbidas por las arenas, otras, descendiendo a lugares más bajos, forman poco a poco un arroyo; sobre el cual, en ambas orillas, innumerables palmeras otorgan al lugar mucha belleza y comodidad. Verías al anciano correr de aquí para allá con los discípulos del bienaventurado Antonio. Aquí, decían, solía cantar salmos, aquí orar, aquí trabajar, aquí descansar cuando estaba cansado. Estas vides, estos arbolitos los plantó él mismo: aquel pequeño jardín lo arregló él mismo con sus manos. Esta piscina [en los manuscritos, piscinita] para regar el huerto la fabricó con mucho sudor. Este azadón lo tuvo durante muchos años para cavar la tierra. Se acostaba en su lecho, y como si aún estuviera caliente, besaba el lugar donde dormía. La celda no tenía más medida cuadrada que la que un hombre durmiendo podía extenderse. Además, en la cima elevada de la montaña, como subiendo por una espiral, y con un esfuerzo muy arduo [en otros manuscritos, con gran esfuerzo], se veían dos celdas de la misma medida: en las cuales, huyendo de la multitud de los que venían y de la compañía de sus discípulos, se quedaba. Sin embargo, estas estaban excavadas en la roca viva, y solo tenían añadidas las puertas. Después de llegar al huerto, Isaac dijo: ¿Ven este huerto plantado con arbolitos y verde con hortalizas? Hace casi tres años, cuando una manada de onagros lo devastaba, ordenó a uno de sus líderes que se detuviera, y golpeando sus costados con un bastón, dijo: ¿Por qué comen lo que no

han sembrado? Y desde entonces, excepto por las aguas a las que venían a beber, nunca tocaron ni un arbolito ni las hortalizas. Además, el anciano rogaba que le mostraran el lugar de su tumba. Cuando lo llevaron aparte, no se sabe si se lo mostraron o no. Alegaban que la razón para ocultarlo era según el mandato de Antonio, para que Pergamio, que era el más rico en esos lugares, no se llevara el cuerpo del santo a su villa y construyera un martirio.

32. Hilarión obtiene lluvia.---Así, regresando a Afroditón, permaneció en el desierto cercano con solo dos hermanos retenidos con él: con tanta abstinencia y silencio, que entonces por primera vez decía que había comenzado a servir a Cristo. Ya hacía tres años que el cielo cerrado había secado esas tierras; de modo que comúnmente se decía que la muerte de Antonio también la lloraban los elementos. La fama de Hilarión no pasó desapercibida para los vecinos de ese lugar: y compitiendo, hombres y mujeres de rostros pálidos y consumidos por el hambre, suplicaban lluvias al siervo de Cristo, es decir, al sucesor del bienaventurado Antonio. Viéndolos, él se dolió enormemente. Y levantando los ojos al cielo, y elevando ambas manos al cielo, inmediatamente obtuvo lo que pedían. Pero he aquí que la región sedienta y arenosa, después de ser regada por las lluvias, de repente brotó tal multitud de serpientes y animales venenosos, que innumerables personas, mordidas, habrían muerto de inmediato si no hubieran acudido a Hilarión. Bendiciendo el aceite, todos los agricultores y pastores tocaban sus heridas y recuperaban la salud con certeza.

33. Se dirige a otras regiones.---Viendo también que allí se le honraba con maravillas, se dirigió a Alejandría, de donde iba a pasar al desierto más lejano [en los manuscritos, interior] de Oasis. Y como nunca desde que comenzó a ser monje había permanecido en ciudades, se desvió hacia algunos hermanos conocidos en Bruchio, no lejos de Alejandría; quienes, habiéndolo recibido con gran alegría, y ya siendo de noche, de repente escucharon a sus discípulos ensillar un asno, y prepararse para partir. Así que, arrojándose a sus pies, le rogaban que no lo hiciera; y postrados ante el umbral, testificaban que preferían morir antes que carecer de tan gran huésped. A lo que él respondió: Me apresuro a irme para no causarles molestias. Ciertamente, por lo que sucederá después, sabrán que no he caminado sin razón. Así, al día siguiente, los gazenses con los alguaciles del prefecto (pues habían sabido el día anterior que había llegado) entraron en el monasterio, y al no encontrarlo, se decían entre sí: ¿No son ciertas las cosas que hemos oído? Es un mago, y conoce el futuro. Pues la ciudad de Gaza, después de que Hilarión partiera de Palestina, y Julian ascendiera al imperio, habiendo destruido su monasterio, con súplicas al emperador, había obtenido la muerte de Hilarión y de Hesiquio: y se había escrito a todo el mundo para que ambos fueran buscados.

34. Sobre el discípulo Adriano. Saliendo de Bruchio, a través de un desierto sin caminos, entró en Oasis: y allí, después de aproximadamente un año, porque su fama también había llegado allí, como si ya no pudiera ocultarse en Oriente, donde muchos lo conocían tanto por su reputación como por su rostro, pensaba en navegar solo a las islas; para que, si la tierra lo había divulgado, al menos el mar lo ocultara. Casi al mismo tiempo, su discípulo Adriano llegó desde Palestina, diciendo que Juliano había sido asesinado, y que un emperador cristiano (Joviano) había comenzado a reinar; y que debía regresar a las ruinas de su monasterio. Al escuchar esto, lo detestó: y habiendo contratado un camello, a través del vasto desierto, llegó a la ciudad marítima de Libia, Paretonio: donde el infeliz Adriano, queriendo regresar a Palestina, y buscando la antigua gloria bajo el nombre de su maestro, le hizo muchas injurias. Finalmente, habiendo empaquetado lo que los hermanos le habían enviado, y sin que él lo supiera, partió. Sobre esto, ya que no hay otro lugar para mencionarlo, solo diré esto para el terror de aquellos que desprecian a sus maestros; que después de un tiempo, murió de una enfermedad real.

35. Había escrito un códice de los Evangelios con su propia mano.---Así, el anciano, teniendo consigo al gazense, subió a un barco que navegaba hacia Sicilia. Y cuando, habiendo vendido el códice de los Evangelios, que había escrito con su propia mano cuando era joven, planeaba pagar el pasaje en medio del Adriático, el hijo del capitán del barco, poseído por un demonio, comenzó a gritar y decir: Hilarión, siervo de Dios, ¿por qué no nos permites estar seguros incluso en el mar? Dame tiempo hasta que llegue a tierra, para que no sea arrojado aquí y precipitado al abismo. A lo que él respondió: Si mi Dios te concede permanecer, permanece; pero si él te expulsa, ¿por qué me haces responsable, hombre pecador y mendigo? Esto lo decía para que los marineros y comerciantes que estaban en el barco no lo delataran cuando llegaran a tierra. No mucho después, el niño fue purificado, con el padre dando su palabra, y los demás presentes, de que no hablarían a nadie sobre su nombre.

36. Habiendo llegado al promontorio de Pachino en Sicilia, ofreció al capitán el Evangelio por su transporte y el de Gazano. Quien, no queriendo aceptarlo, especialmente al ver que ellos, excepto por ese códice y lo que llevaban puesto, no tenían nada más, finalmente juró que no lo aceptaría. Pero el anciano, encendido por la confianza de una conciencia pobre, se alegraba más de que no tenía nada del mundo, y de que los habitantes de ese lugar lo consideraban un mendigo.

37. Huye a lugares del interior. Hidrópico curado. Sin embargo, reflexionando para que los comerciantes que venían de Oriente no lo hicieran conocido, huyó a lugares del interior, es decir, a veinte millas del mar; y allí, en un pequeño campo desierto, atando diariamente un manojo de leña, lo ponía sobre el lomo de su discípulo. Vendido esto en la aldea cercana, compraban un poco de pan para su sustento y para aquellos que venían a ellos. Pero verdaderamente, según lo que está escrito: No puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte (Mateo 5, 14), un escudero, mientras era atormentado en la basílica de San Pedro en Roma, clamó en él un espíritu inmundo: Hace pocos días Hilarión, siervo de Cristo, ha llegado a Sicilia, y nadie lo conoce, y piensa que está oculto; yo iré y lo delataré. Inmediatamente, con sus sirvientes, subió a un barco en el puerto, y desembarcó en Pachino, y guiado por el demonio, se postró ante la choza del anciano, y fue curado al instante. Este fue el comienzo de sus signos en Sicilia, atrayendo desde entonces a innumerables enfermos, pero también a una multitud de personas religiosas: tanto que un hombre de los principales, hinchado por la enfermedad de hidropesía, fue curado el mismo día que llegó a él. Quien, después de ofrecerle infinitos regalos, escuchó lo que el Salvador dijo a los discípulos: Gratis lo recibisteis, dadlo gratis (Mateo 10, 8).

38. Hesiquio, el discípulo, busca a Hilarión. Mientras esto sucedía en Sicilia, su discípulo Hesiquio buscaba al anciano por todo el mundo, recorriendo las costas, penetrando en los desiertos; y teniendo solo esta confianza, que dondequiera que estuviera, no podría permanecer oculto por mucho tiempo. Así, después de tres años, escuchó en Metona de un judío, que vendía baratijas a la gente, que un profeta de los cristianos había aparecido en Sicilia, haciendo tantos milagros y signos que se pensaba que era uno de los santos antiguos. Preguntando sobre su apariencia, su andar y su lengua, especialmente su edad, no pudo aprender nada. Pues el que lo relataba, testificaba que solo había oído hablar de la fama del hombre. Así, entrando en el Adriático, con un curso favorable [en otros manuscritos, rápido], llegó a Pachino; y en una pequeña aldea de la costa curva, al preguntar sobre la fama del anciano, con la voz unánime de todos supo dónde estaba, qué hacía: nada en él admiraba tanto a todos como que después de tantos signos y milagros, no había aceptado ni siquiera un fragmento de pan de nadie en esos lugares. Y para no alargarme, el santo hombre Hesiquio, postrado a los pies de su maestro, y regando sus plantas con lágrimas, finalmente levantado por él, después de dos o tres días de conversación, escuchó de Gazano que el anciano ya no

podía habitar en esas regiones; sino que quería ir a algunas naciones bárbaras, donde su nombre y su fama fueran desconocidos.

39. Quema una serpiente llamada boa. Así lo llevó a Epidaurum, una ciudad de Dalmacia, donde, permaneciendo pocos días en un campo cercano, no pudo ocultarse. Pues una serpiente de tamaño increíble, a la que en lengua gentil llaman boas, porque son tan grandes que suelen devorar bueyes, devastaba toda la provincia, y no solo el ganado y las ovejas; sino también a los agricultores y pastores, arrastrándolos hacia sí con la fuerza de su aliento, los absorbía. A la que, habiendo ordenado preparar una pira, y habiendo dirigido una oración a Cristo, le ordenó subir al montón de leña, y le prendió fuego. Entonces, con toda la gente mirando, quemó a la bestia inmensa. Por lo cual, angustiado, pensando qué hacer, a dónde dirigirse, preparaba otra fuga; y recorriendo con la mente tierras solitarias, se lamentaba [en otros manuscritos, se maravillaba] de que, aunque su lengua callara, sus milagros hablaran.

40. El mar detiene su salida de los límites. En ese tiempo, por un terremoto en todo el mundo, que ocurrió después de la muerte de Juliano, los mares salieron de sus límites, y como si Dios amenazara nuevamente con un diluvio, o todo volviera al caos antiguo, las naves fueron llevadas a los precipicios de las montañas y quedaron suspendidas. Cuando los epidauritanos vieron esto, los rugientes oleajes y las masas de olas, y los montes de agua llevados a las costas, temiendo que lo que ya veían suceder, que la ciudad fuera completamente destruida, entraron al anciano: y como si fueran a la batalla, lo colocaron en la costa. Cuando él trazó tres signos de la cruz en la arena, y extendió las manos hacia adelante, es increíble decirlo, el mar, hinchándose a una gran altura, se detuvo ante él: y rugiendo por mucho tiempo, y como si se indignara ante el obstáculo, poco a poco retrocedió sobre sí mismo. Esto lo proclama Epidaurus y toda esa región hasta hoy, y las madres enseñan a sus hijos para transmitirlo a la posteridad. Verdaderamente, lo que se dijo a los apóstoles: Si tenéis fe, diréis a este monte, pasa al mar, y sucederá (Mateo 17, 19), incluso literalmente puede cumplirse, si alguien tiene la fe de los apóstoles, y tal como el Señor les ordenó tener. Pues, ¿qué importa si un monte descende al mar, o si los inmensos montes de olas de repente se detienen, y ante los pies del anciano, de un lado se endurecen como piedra, y del otro fluyen suavemente?

41. Huida a Chipre. Toda la ciudad estaba asombrada, y la magnitud del milagro de Salón también se había difundido. Comprendiendo esto, el anciano, en una pequeña embarcación, huyó en secreto por la noche, y encontrando un barco mercante después de dos días, se dirigió a Chipre. Y cuando entre Malea y Citera los piratas, habiendo dejado su flota en la costa, que no se gobierna con vela sino con remo, se encontraron con dos no muy pequeños barcos piratas, y de nuevo las olas venían de aquí y de allá, todos los remeros que estaban en el barco comenzaron a temblar, llorar, correr, preparar los remos, y como si no fuera suficiente un solo mensajero, competían para decirle al anciano que los piratas estaban cerca. Él, viéndolos desde lejos, sonrió. Y volviéndose a sus discípulos, dijo: "Hombres de poca fe, ¿por qué teméis?" (Mateo XIV, 32). ¿Acaso son más estos que el ejército de Faraón? Sin embargo, todos, queriendo Dios, fueron sumergidos. Mientras hablaba estas cosas, no obstante, las proas espumantes de las naves enemigas se acercaban, a solo un tiro de piedra de distancia. Entonces se paró en la proa del barco, y extendiendo su mano hacia los que venían, dijo: "Hasta aquí, basta que hayáis venido". ¡Oh, maravilla de la fe! Inmediatamente las pequeñas naves retrocedieron, y con los remos empujando en contra, el impulso regresó a la popa. Los piratas se asombraron de regresar a pesar de no quererlo, y con todo el esfuerzo de sus cuerpos, para llegar al barco, fueron llevados a la costa mucho más rápido de lo que habían venido.

42. Cura a muchos de espíritus inmundos.---Omito otras cosas, para no parecer extender el volumen en la narración de los milagros. Solo diré esto, que navegando con buen curso entre las Cícladas, escuchaba de aquí y de allá las voces de los espíritus inmundos clamando desde las ciudades y aldeas, y corriendo hacia las costas. Entrando entonces en Pafos, una ciudad de Chipre noble en los poemas de los poetas, que frecuentemente [o frecuentemente] se ha derrumbado por terremotos, ahora solo muestra con vestigios de ruinas lo que alguna vez fue, habitaba a dos millas de la ciudad un hombre humilde, y se alegraba de poder vivir en paz por unos pocos días. Sin embargo, no pasaron completamente veinte días, cuando por toda esa isla, todos los que tenían espíritus inmundos comenzaron a clamar que Hilarión, siervo de Cristo, había llegado, y que debían apresurarse hacia él. Esto lo proclamaban Salamina, Curio, Lapeto y las demás ciudades, muchos afirmando que conocían a Hilarión, y que verdaderamente era siervo de Dios, pero ignoraban dónde estaba. Dentro de treinta días, o no mucho más, se congregaron cerca de doscientos, tanto hombres como mujeres, alrededor de él. Cuando los vio, lamentándose de que no le permitieran descansar, y en cierto modo enfurecido por su propia venganza, los azotó con tal insistencia en sus oraciones, que algunos fueron curados de inmediato, otros después de dos o tres días, pero todos dentro de una semana.

43. Se retira a un lugar más secreto. Bucolia de Egipto. Parálítico curado.---Permaneciendo allí por dos años, y siempre pensando en huir, envió a Hesiquio, que regresaría en primavera, a Palestina para saludar a los hermanos y visitar las cenizas de su monasterio. Cuando regresó, deseando navegar de nuevo a Egipto, es decir, a esos lugares llamados Bucolia, porque no había cristianos allí, sino solo una nación bárbara y feroz, le aconsejó que subiera a un lugar más secreto en la misma isla. Después de explorar todo durante mucho tiempo, lo llevó a doce millas del mar, entre montañas secretas y escarpadas, a donde apenas se podía ascender arrastrándose con manos y rodillas. Al entrar, contempló un lugar muy temible y remoto, rodeado de árboles por todas partes, con aguas que regaban desde la cima de la colina, un jardín muy agradable, y muchos huertos, cuyos frutos nunca tomó como alimento: pero también las ruinas de un templo muy antiguo, del cual (como él mismo relataba y sus discípulos testifican) resonaban tantas voces de demonios día y noche, que se creería un ejército. Muy complacido con esto, para tener adversarios cerca, habitó allí por cinco años, y a menudo visitado por Hesiquio, fue reconfortado en este último tiempo de su vida, porque debido a la aspereza y dificultad del lugar, y la multitud de sombras (como se decía comúnmente), casi nadie, o muy pocos, podían o se atrevían a ascender hasta él. Un día, al salir del jardín, vio a un hombre parálítico de todo el cuerpo tendido ante la puerta. Preguntó a Hesiquio quién era y cómo había sido llevado allí. Él respondió que era el administrador de una pequeña finca, a la cual también pertenecía el jardín en el que estaban. Y él, llorando y extendiendo la mano hacia el que yacía, dijo: "A ti te digo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, levántate y anda". ¡Qué rapidez tan maravillosa! Aún las palabras estaban en la boca del que hablaba, y ya los miembros fortalecidos levantaban al hombre para que se pusiera de pie. Después de que esto se supo, la necesidad venció incluso la dificultad del lugar y el camino inaccesible para muchos. Nada observaban más atentamente en todas las aldeas circundantes que cómo evitar que de alguna manera escapara. Pues el rumor había difundido que no podría permanecer mucho tiempo en el mismo lugar. Pero él no lo hacía por alguna ligereza o infantilidad, sino huyendo del honor y la importunidad; siempre deseaba el silencio y una vida humilde.

44. Testamento de Hilarión.---Curados con la unción de aceite la hija y el yerno de Constancia. Así, en el octogésimo año de su vida, estando ausente Hesiquio, escribió una breve carta de su puño y letra a modo de testamento, dejando todas sus riquezas a él (es decir,

el Evangelio, una túnica de saco, una capucha y un manto), pues su servidor había muerto unos días antes. Vinieron entonces a visitarlo muchos hombres religiosos de Pafos; y especialmente porque habían oído que decía que pronto partiría hacia el Señor y sería liberado de las ataduras del cuerpo; también una mujer santa llamada Constancia, cuya hija y yerno había liberado de la muerte con la unción de aceite: a todos ellos les hizo jurar que no lo conservaran ni siquiera por una hora después de su muerte, sino que lo enterraran inmediatamente en el mismo jardín, tal como estaba vestido con la túnica de cilicio, la capucha y el manto rústico.

45. Ya un poco de calor quedaba en su pecho, y aparte del sentido, nada de un hombre vivo permanecía, y sin embargo, con los ojos abiertos, hablaba: "Sal, ¿qué temes? Sal, alma mía, ¿por qué dudas? Has servido a Cristo por casi setenta años, ¿y temes a la muerte?" Con estas palabras exhaló su espíritu. Y fue enterrado inmediatamente, antes de que se anunciara su muerte en la ciudad.

46. Hesiquio roba el cuerpo de San Hilarión. Cuerpo íntegro de Hilarión y vestiduras intactas.---Cuando el santo hombre Hesiquio lo supo, fue a Chipre, y simulando que quería habitar en el mismo jardín, para quitar la sospecha de vigilancia a los vecinos, con gran peligro para su vida, después de casi diez meses, robó su cuerpo. Llevándolo a Majuma, seguido por multitudes de monjes y habitantes de las aldeas, lo enterró en el antiguo monasterio; la túnica, la capucha y el manto intactos, y todo el cuerpo, como si aún viviera, íntegro, y con tal fragancia de aromas, que se pensaría que estaba ungido con perfumes.

47. Constancia muere de dolor por el robo del cuerpo de San Hilarión.---No me parece que deba callar al final del libro la devoción de aquella santísima mujer Constancia, quien al recibir la noticia de que el cuerpo de Hilarión estaba en Palestina, murió inmediatamente, demostrando su verdadero amor por el siervo de Dios incluso con la muerte. Pues solía pasar noches en vela en su sepulcro, y como si estuviera presente, conversaba con él para ayudar sus oraciones. Hasta hoy se puede ver una maravillosa contienda entre los palestinos y los chipriotas, estos afirmando tener el cuerpo de Hilarión, aquellos su espíritu. Y sin embargo, en ambos lugares se realizan grandes milagros diariamente; pero más en el jardín de Chipre, tal vez porque amó más ese lugar.

VIDA DE MALCO, MONJE CAUTIVO. (C)

La vida de Malco, monje del pueblo de Maronia en Siria, que fue agitada por varios peligros y desgracias, y oprimida por la cautividad, se presenta ante los ojos de los lectores.

1. Jerónimo deseaba escribir una historia eclesiástica.---Los que van a luchar en una batalla naval, primero en el puerto y en el mar tranquilo, manejan el timón, reman, preparan las manos de hierro y los ganchos, y acostumbran a los soldados dispuestos en las cubiertas a mantenerse firmes con paso vacilante y resbaladizo, para que lo que aprendieron en el simulacro de la batalla no les cause temor en el verdadero combate. Así también yo, que he guardado silencio por mucho tiempo (pues el silencio me ha sido impuesto, ya que mi discurso es un suplicio para algunos), deseo primero ejercitarme en una pequeña obra, y como si limpiara cierta herrumbre de la lengua, para poder llegar a una historia más amplia. Pues he dispuesto escribir (si el Señor me da vida; y si mis detractores al menos dejan de perseguirme incluso cuando huyo y estoy encerrado) desde la venida del Salvador hasta nuestra época, es decir, desde los apóstoles hasta la decadencia de nuestro tiempo, cómo y por quiénes la Iglesia de Cristo nació, creció con las persecuciones, y fue coronada con martirios; y después de llegar a los príncipes cristianos, se hizo mayor en poder y riquezas,

pero menor en virtudes. Pero esto será en otra ocasión. Ahora expliquemos lo que está por venir.

2. Jerónimo residía en Siria siendo joven.---Maronia [Mss. Maronias] es un pequeño pueblo a unos treinta millas de Antioquía, ciudad de Siria, no muy grande, hacia el este. Aquí, después de muchos dueños o patrones, mientras yo residía en Siria siendo joven, pasó a la posesión del papa Evagrio, mi conocido, a quien menciono ahora para mostrar cómo supe lo que voy a escribir. Había allí un anciano llamado Malco, que en latín podemos llamar rey, de nación y lengua siria, verdaderamente nativo de ese lugar. También había una anciana en su compañía, muy anciana y ya cercana a la muerte: ambos eran muy devotos y religiosos, y frecuentaban tanto el umbral de la iglesia, que se les podría creer como Zacarías y Elisabet del Evangelio, salvo que Juan no estaba en medio. Cuando pregunté con curiosidad a los vecinos cuál era su relación: ¿de matrimonio, de sangre o de espíritu? todos respondían con una voz unánime que eran santos y agradables a Dios, y mencionaban algunas cosas maravillosas. Atraído por esta curiosidad, me dirigí al hombre, y preguntando con más detalle sobre la verdad de las cosas, esto recibí de él:

3. Historia de Malco.---"Yo, hijo mío, colono de un pequeño campo en Nisibis, fui el único hijo de mis padres. Cuando me obligaron a casarme como descendiente de su linaje y heredero de su familia, respondí que prefería ser monje. Cuántas amenazas de mi padre, cuántas caricias de mi madre me persiguieron para que traicionara mi castidad, esta sola cosa lo demuestra, que huí de casa y de mis padres. Y como no podía ir hacia el este, debido a la cercana Persia y la vigilancia de los soldados romanos, dirigí mis pasos hacia el oeste, llevando un pequeño viático que apenas me defendía de la pobreza. ¿Qué más puedo decir? Finalmente llegué al desierto de Calcídica, que está más al sur entre Immas y Beroa. Allí, encontrando monjes, me entregué a su enseñanza, buscando el sustento con el trabajo de mis manos, y refrenando la lascivia de la carne con ayunos. Después de muchos años, me surgió el deseo de regresar a mi patria. Y mientras mi madre aún vivía, pues ya había oído que mi padre había muerto; consolar su viudez, y luego, vendiendo la pequeña propiedad, dar una parte a los pobres, establecer otra parte para el monasterio; ¿por qué me avergüenza confesar mi infidelidad? reservar una parte para mi propio sustento. Mi abad comenzó a clamar que era una tentación del diablo, y que bajo la apariencia de una causa honesta, se ocultaban las insidias del antiguo enemigo. Que esto era, volver el perro a su vómito. Así muchos monjes habían sido engañados, el diablo nunca se revela con el rostro descubierto. Me proponía muchos ejemplos de las Escrituras: entre ellos, que al principio también había engañado a Adán y Eva con la esperanza de la divinidad. Y cuando no pudo persuadirme, postrado de rodillas me suplicaba que no lo abandonara, que no me perdiera, y que no mirara hacia atrás mientras sostenía el arado. ¡Ay de mí, miserable, vencí al consejero con una pésima victoria, pensando que él no buscaba mi salvación, sino su propio consuelo! Así que, acompañado por él desde el monasterio, como si llevara un funeral, y finalmente despidiéndose: 'Veo', dijo, 'que estás marcado con el hierro del hijo de Satanás: no busco excusas, no acepto justificaciones. La oveja que sale del redil, inmediatamente queda expuesta a las fauces del lobo'.

4. Es llevado cautivo.---De Beroa a Edesa, hay un desierto cercano al camino público, por el cual los sarracenos, con sus moradas inciertas, siempre vagan de un lado a otro. Esta sospecha reúne a muchos viajeros en esos lugares, para que el peligro inminente se evite con ayuda mutua. Había en mi compañía hombres, mujeres, ancianos, jóvenes, niños, alrededor de setenta en número. Y he aquí que de repente, jinetes en caballos y camellos, los ismaelitas irrumpen, con sus cabezas cubiertas de crines y cintas, y sus cuerpos semidesnudos, arrastrando mantos y calzas anchas: colgaban de sus hombros aljabas; blandían arcos flojos,

llevaban largas lanzas; pues no venían a luchar, sino a saquear. Somos capturados, dispersados, llevados en diferentes direcciones. Yo, mientras tanto, después de una larga ausencia, heredero de la posesión, y tarde arrepentido de mi decisión, junto con otra mujer, caigo en la servidumbre de un solo amo. Somos llevados, o más bien transportados, elevados en camellos; y a través del vasto desierto, siempre temiendo caer, más colgamos que nos sentamos. La carne semicruda era el alimento; y la leche de camello, la bebida.

5. Se le ordena pastorear ovejas.---Finalmente, cruzando un gran río, llegamos al desierto interior, donde, según la costumbre de la gente, se nos ordena adorar a la señora y a los hijos, inclinamos nuestras cabezas. Aquí, como encerrado en una prisión, con un cambio de vestimenta, es decir, aprendo a caminar desnudo. Pues la intemperie del aire no permitía cubrir nada más que las partes pudendas. Se me encomiendan las ovejas para pastorear, y en comparación con otros males, disfruto de este consuelo, que veo menos a mis amos y compañeros de servidumbre. Me parecía tener algo del santo Jacob, recordaba a Moisés, que también fueron pastores en el desierto. Me alimentaba de queso fresco y leche: oraba continuamente, cantaba salmos que había aprendido en el monasterio. Mi cautiverio me deleitaba; y daba gracias al juicio de Dios, porque el monje que iba a perder en mi patria, lo había encontrado en el desierto.

6. Se le obliga a tomar a su compañera como esposa. Virtud de la mujer cautiva.---¡Oh, nada está seguro con el diablo! ¡Oh, sus múltiples e inefables insidias! Así también la envidia me encontró oculto. El amo, viendo que su rebaño crecía, y no encontrando en mí ninguna deshonestidad (pues sabía que el Apóstol había ordenado (Efesios VI, etc.) servir fielmente a los amos como a Dios), y queriendo recompensarme para hacerme más fiel a él, me entregó a aquella compañera mía, una vez cautiva. Y cuando yo rehusaba, diciendo que era cristiano, y que no me era lícito tomar por esposa a la mujer de un marido vivo (pues su marido, capturado con nosotros, había sido llevado por otro amo), aquel amo implacable, en un arrebato de furia, desenvainó su espada y comenzó a atacarme. Y si no hubiera extendido mis brazos de inmediato, habría derramado sangre al instante. Ya había llegado una noche más oscura de lo habitual, y para mí demasiado madura. Llevo a la cueva medio derruida a mi nueva esposa: y con la tristeza como testigo, ambos nos detestamos mutuamente, aunque no lo confesamos. Entonces realmente sentí mi cautiverio; y postrado en el suelo, comencé a lamentar al monje que estaba perdiendo, diciendo: '¿Hasta aquí, miserable, he sido preservado? ¿A esto me han llevado mis pecados, para que, con la cabeza ya encanecida, me convierta en un esposo virgen? ¿De qué sirve haber despreciado a mis padres, mi patria, mi propiedad por el Señor, si hago esto, que no quería hacer, por lo cual desprecié aquellas cosas: a menos que tal vez por esto estoy sufriendo, porque deseé mi patria. ¿Qué hacemos, alma? ¿Perecemos o vencemos? ¿Esperamos la mano del Señor, o nos atravesamos con nuestra propia espada? Vuelve la espada contra ti; más temible es tu muerte que la del cuerpo. La castidad preservada también tiene su martirio. Que el testigo de Cristo yacente sin sepultura en el desierto, yo mismo seré tanto perseguidor como mártir'. Así dicho, saqué la espada que brillaba incluso en la oscuridad, y con la punta vuelta hacia mí: 'Adiós', dije, 'mujer infeliz: considérame mártir más que esposo'. Entonces ella, postrada a mis pies: 'Te ruego', dijo, 'por Jesucristo, y por la necesidad de esta hora, te suplico, no derrames tu sangre en mi crimen. O si deseas morir, primero vuelve la espada contra mí. Así nos uniremos más bien. Incluso si mi marido regresara a mí, preservaría la castidad que me enseñó el cautiverio; o moriría antes que perderla. ¿Por qué mueres, para no unirte a mí? Yo moriría si quisieras unirte a mí. Considérame entonces esposa de la castidad; y ama más la unión del alma que la del cuerpo. Que los amos esperen un esposo, Cristo conocerá a un hermano. Fácilmente persuadiremos de las bodas, cuando nos vean amarnos así'. Confieso, me asomé; y

admirando la virtud de la mujer, amé más a mi esposa. Sin embargo, nunca miré su cuerpo desnudo: nunca toqué su carne; temiendo perder en la paz lo que había preservado en la batalla. Pasan muchos días en tal matrimonio: las bodas nos habían hecho más amables a los amos. No había sospecha de fuga, a veces estaba ausente todo un mes, fiel pastor del rebaño por el desierto.

7. Se inspira en el ejemplo de las hormigas.---Después de un largo intervalo, mientras estaba solo en el desierto, y no veía nada más que el cielo y la tierra, comencé a reflexionar en silencio, y entre muchas cosas, también recordé la compañía de los monjes, especialmente el rostro de mi Padre, que me había instruido, mantenido, perdido. Y mientras pensaba así, veo un grupo de hormigas que se agitan en un estrecho sendero. Se veían cargas mayores que sus cuerpos. Unas arrastraban con las pinzas de su boca ciertas semillas de hierbas; otras sacaban tierra de las fosas; y excluían los cursos de agua con diques. Aquellas, recordando el invierno venidero, para que la tierra húmeda no convirtiera en hierba los graneros, cortaban las semillas traídas; estas, con un luto solemne, transportaban los cuerpos de las muertas. Y lo que es más sorprendente, en tal multitud, la que salía no obstaculizaba a la que entraba; más bien, si veían a alguna caer bajo la carga y el peso, la ayudaban con sus hombros. ¿Qué más puedo decir? Ese día me ofreció un hermoso espectáculo. Recordando entonces a Salomón (Proverbios VI y XXX), que nos envía a la diligencia de las hormigas, y despierta las mentes perezosas con tal ejemplo, comencé a cansarme del cautiverio, y a buscar las celdas del monasterio, y a desear la semejanza de aquellas hormigas, donde se trabaja para el bien común, y aunque nada es propio de nadie, todo es de todos.

8. Huida.---Al regresar al lecho, me encontré con la mujer: no pude disimular la tristeza de mi alma en mi rostro. Pregunta por qué estoy tan agitado. Escucha las razones: la insto a huir: no se niega. Pido silencio: me da su palabra: y en un susurro constante fluctuamos entre la esperanza y el miedo. Tenía en mi rebaño dos machos cabríos de tamaño extraordinario, a los cuales, tras sacrificarlos, convertí en odres, y preparé su carne como provisiones para el viaje. Y al caer la tarde, cuando los amos pensaban que descansábamos en secreto, emprendimos el camino, llevando los odres y partes de la carne. Y cuando llegamos al río, que estaba a diez millas de distancia; inflamos y montamos los odres, confiándonos a las aguas, remando lentamente con los pies, para que el río nos llevara corriente abajo, y mucho más lejos de donde habíamos cruzado, nos depositara en la otra orilla, perdiendo así el rastro que seguían. Pero entre tanto, la carne mojada y en parte caída apenas prometía alimento para tres días. Bebimos hasta saciarnos, preparándonos para la sed futura. Corrimos, siempre mirando hacia atrás; y avanzamos más de noche que de día, ya sea por las emboscadas de los sarracenos que vagaban ampliamente, o por el excesivo calor del sol. Aún al relatarlo, tiemblo de miedo; y aunque mi mente estaba segura, todo mi cuerpo temblaba.

9. El amo captura al fugitivo.---Al tercer día, con una vista incierta, divisamos a lo lejos a dos hombres montados en camellos que se acercaban rápidamente. Inmediatamente, mi mente, presagiando el mal, comenzó a pensar que el amo meditaba nuestra muerte, viendo el sol oscurecerse. Mientras temíamos y comprendíamos que nuestras huellas en la arena nos habían delatado, se nos ofreció a la derecha una cueva que penetraba profundamente bajo tierra. Así que, temiendo a los animales venenosos (pues las víboras, los basiliscos, los escorpiones y otros de este tipo suelen buscar la sombra para evitar el calor del sol), entramos en la cueva; pero inmediatamente en la entrada, nos confiamos a una fosa a la izquierda, sin avanzar más, para no, al huir de la muerte, caer en la muerte; y considerando esto con nosotros mismos, si el Señor ayuda a los miserables, tenemos salvación; si desprecia a los pecadores, tenemos sepulcro. ¿Qué crees que fue para nosotros el ánimo, qué terror, cuando

ante la cueva, no lejos, estaban el amo y el compañero, y ya habían llegado al escondite siguiendo las huellas? ¡Oh, muerte mucho más temida que infligida! De nuevo, con esfuerzo y miedo, la lengua balbucea; y como si el amo gritara, no me atrevo a murmurar. Envía al siervo para que nos saque de la cueva: él mismo sostiene los camellos; y con la espada desenvainada, espera nuestra llegada. Mientras tanto, el siervo, habiendo entrado casi tres o cuatro codos, nosotros desde el escondite viendo su espalda (pues tal es la naturaleza de los ojos, que al entrar en sombras después del sol, todo es ciego) una voz resuena por la cueva: Salgan, malhechores; salgan, condenados a morir: ¿por qué se detienen? ¿por qué se demoran? salgan, el amo llama, pacientemente espera. Aún hablaba, y he aquí que a través de las tinieblas vemos a una leona que ataca al hombre, y con el cuello asfixiado, lo arrastra ensangrentado hacia adentro. ¡Buen Jesús, qué terror y qué alegría sentimos entonces! Observábamos, sin que el amo lo supiera, a nuestro enemigo perecer. Cuando vio que se demoraba, sospechó que dos resistían a uno. Pero, incapaz de contener su ira, como sostenía la espada, se acercó a la cueva; y reprendiendo con un grito rabioso la pereza del siervo, fue atrapado por la fiera antes de llegar a nuestro escondite. ¿Quién hubiera creído jamás que ante nuestra boca, una bestia lucharía por nosotros? Sin embargo, con ese miedo eliminado, un peligro similar se cernía ante nuestros ojos; salvo que era preferible soportar la rabia del león que la ira del hombre. Temblamos por dentro; y sin atrevernos siquiera a movernos, esperábamos el desenlace, entre tantos peligros, solo la conciencia de la castidad nos protegía como un muro. La leona, evitando emboscadas y sintiendo que había sido vista, lleva al cachorro atrapado con los dientes al amanecer, y nos cede el refugio. Sin embargo, no del todo confiados, no salimos de inmediato: pero esperando mucho tiempo, y pensando en salir, nos imaginábamos su encuentro.

10. Liberado del peligro, regresa a los monjes.---Así, con el horror eliminado, y pasado ese día, salimos al anoecer; y vimos a los camellos, que por su gran velocidad llaman dromedarios, masticar los alimentos que habían pasado al estómago y volver a traerlos. Montados en ellos, y reanimados con nueva provisión, es decir, con víveres, al décimo día finalmente llegamos a los campamentos romanos a través del desierto. Presentados al tribuno, relatamos el asunto en orden: luego, enviados a Sabiano, el duque de Mesopotamia, recibimos el precio de los camellos. Y como ya aquel mi abad había dormido en el Señor; al llegar a estos lugares, me entrego a los monjes, entrego a esta mujer a las vírgenes, amándola como a una hermana, pero no confiándome a ella como a una hermana. Esto me relató el anciano Malco cuando yo era joven. Esto, pues, os he contado siendo anciano, he expuesto la historia de la castidad a los castos. Exhorto a las vírgenes a guardar la castidad. Vosotros contadlo a los que vendrán, para que sepan que entre espadas, desiertos y bestias, la castidad nunca es cautiva: y que un hombre entregado a Cristo puede morir, pero no puede ser vencido.